

LA ILUSTRACION SUD-AMERICANA

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

5º AÑO

Nº 99

DIRECTOR
RAFAEL J. CONTELL

BUENOS AIRES, FEBRERO 1.º DE 1897
FUNDADORES—R. J. CONTELL y F. M. CONTE

REDACTOR EN JEFE
RAMON M. DE IRIBAS

TEMPORADA DE BAÑOS



PREPARATIVOS DE VIAJE — Dibujo de N. Granville

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

Repúblicas Sud-Americanas

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICION ARGENTINA

24 PAGINAS

APARECE LOS DÍAS 1º Y 16 DE CADA MES

EDICION URUGUAYA

24 PAGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL	Año.....	\$ m/n	18.—
	Semestre.....		9.—
	Trimestre.....		5.—
INTERIOR	Año.....		20.—
	Semestre.....		10.—
	Trimestre.....		5 50
EXTERIOR	Año.....	\$ oro	9 —
CHILE Y URUGUAY...			8.—
NÚMERO SUELTO \$ 1.25 m/n.			
• ATRASADO • 1.50 •			

TOMOS ENCUADERNADOS

DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895 Y 1896
\$ m/n 30 CADA UNO

Cosas y Quisicosas



Todo nos pesa: el sofocante calor de la pasada semana ha ahuyentado los últimos restos de nuestras reservas varoniles.

El cansancio nos agobia, y rebotando como elástica pelota, de individuo en individuo, la somnolencia perezosa que nos domina, ni hay asunto para una crónica en esqueleto, ni acude a la fantasía tema oportuno, para manchar albas cuartillas del papel siempre obediente y sumiso.

En vano la inquieta curiosidad escudriña por el vecindario, notas de color y relieve para la información quincenal; inútiles tentativas en el roto saco de ambiciones que cada hombre lleva en sus espaldas, nos convencen de la esterilidad noticiara en la segunda mitad del primer mes del año.

Rotas las trabas políticas por la terminación de sus tareas en ambas Cámaras, diputados y senadores huyen del bonaerense ruido, siguiendo los variados rumbos de pueblecitos y balnearios, donde en tranquila placidez, disfrutan los poderosos de nuestras clases privilegiadas, de las dulzuras campestres y las frescas brisas marítimas, de las playas más concurridas.

Un velo, atrayéndonos con todos los encantos del misterio, servía en los corrillos maldicientes de *pie de murmuración* a los malévolos y desconfiados, y daba pábulo a comentarios y agudezas sobre la inacción gubernamental en la provisión de dos vacantes de importancia primordial.

De aquellas «sombras políticas» no queda ni aun la misera memoria que dejan los actos menos comentados. Ambas vacantes han sido cubiertas, y el doctor Norberto Piñero, como Ministro Representante en Chile, y el doctor Wenceslao Escalante, como Ministro de Hacienda, nombrados por el Ejecutivo, cierran la puerta a las habillitas y abren a la alabanza justiciara campo dilatado de acción, si a los méritos reconocidos de los elegidos, se agregan en el porvenir, hechos que justifiquen las esperanzas de la opinión imparcial.

Analogía singular ofrecen los dos altos puestos provistos recientemente, en el objetivo que persiguen. El de Hacienda, velando por los intereses públicos, por la riqueza nacional; y la representación diplomática en el país trasandino, guardando incólumes los derechos del pueblo argentino, en la delimitación de fronteras, velando también por tierras y cordilleras, valores materiales de la extensión geográfica de esta república.

Factor imprescindible de todo adelanto comercial y de toda marcha progresiva, es la riqueza, el dinero, la tea de la discordia en la familia humana, y motor de retroceso a la vez, pues por incomprensible contraste, actúa en tan opuestos sentidos: en la marcha social del universo.

«¿Y que es el dinero? En su concurso de definiciones del *vil metal*, el periódico inglés *The Bills* premió la siguiente, como más ajustada a la verdad por la profundidad de su concepto:

«Dinero es un artículo que puede usarse como transporte universal para ir a todas partes, menos al cielo, y como proveedor general de todas las cosas, excepción hecha de la felicidad.»

No sé quién ha definido también el dinero, como el lenguaje de la riqueza, que llama *dote*, *honorarios*, *dietas*, *fondos*, *depósitos*, etc., etc., a los valores que representan su privilegiada situación financiera, mientras los prosaicos nombres de *salario*, *jornal* y *propinas* en el obrero y menesteroso, van enunciando la sudorosa tarea del operario, o la dádiva desdeñosa del afortunado.

La sentencia divina pesa como una losa de plomo sobre el hombre: «ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Y en vano esquiva la malicia pecaminosa las amarguras del destino. Centinela de la virtud, el trabajo ennoblece a la humanidad doliente, renovando sus fuerzas contra las inclemencias del infortunio.

Un beso de amor creó el mundo: los envidiosos celos de la maldad, destruyeron la obra admirable, y desde entonces

Plantaron celos y amores
un rosál con mil desvelos;
el amor hizo las flores,
y las espinas los celos.
Pero desde que ambas cosas
llegaron a ser vecinas,
ninguno coje las rosas
sin punzarse en las espinas.

¡Y cuán duro es el yunque del trabajo en esta temperatura estival! Como una mujer a la moda, la naturaleza, pródiga en encantos, se nos presenta con nuevas galas en cada estación.

Pero nuestra inconstante volubilidad nos inquieta: en el invierno, buscamos calor para nuestros ateridos miembros, y en el estío, renegamos del sol que nos acaricia con tan impetuoso afecto. Y, sin embargo, ese sol es nuestra vida, tema de cantares y alabanzas, y asunto originalísimo que ha motivado un artículo encantador de Francisco Iñesta, de que copio un fragmento:

«El sol no se come, y sin el sol no se vive. Sin el libro no hay hombre; hay hombre porque hay libro; hay tierra porque hay sol.

El libro es el alma, el alma es la vida, y la vida del hombre es el fuego que lleva en su pecho. El corazón del cadáver es hielo.

La luz no se come, y sin la luz no hay vida. El sepulcro es la región de las sombras; el sepulcro es muerte.

—Si, tienes razón; pero el libro ni es sol ni es luz.

—Es cierto, porque es más.

—¿Más que el sol? ¿Más que esta hermosura que nos alumbra? ¿Más que ese rayo—¡mírale qué bonito!—que al pasar por los cristales de la araña, forma esos colores tan preciosos, ese iris que no cabe en la paleta de todos los pintores, porque es la paleta de Dios? Las estampitas de un libro, todos los libros del mundo, ¿qué son con todo esto?

—Son más.

—¿Mas todavía? ¡Un libro! ¡Hojas cogidas llenas de tinta! prefiero mi rosál.

—Tu rosál muere.

—Y el libro ¿es eterno? ¿Cuántas obras maestras no se han perdido? El libro muere; mi rosál no, porque las rosas son nidos de rosales. Del libro ¿qué nace?

—Nace el libro, como de la flor las flores. Las flores del libro son ideas. Las ideas huelen, son el perfume de Dios.

El alma del hombre perfuma la tierra; el olor de las flores es el beso de las almas: el alma besó a la flor y la flor quedó perfumada.»

A falta de ideas, en estos días calurosos, que incitan, después de delicioso baño, al lenitivo de nuestras penas, al reposado sueño

único alivio del mortal infausto
bálsamo dulce del herido pecho,

han recogido los noticieros de la prensa diaria, semillero abundante de riñas, homicidios y atentados a la ley, repetido eco de otros años en idéntica época, como si hirviese la sangre por la elevada temperatura, excitada por frecuentes libaciones a que convida una sed exigente e insoportable.

Muy lejos se halla este pueblo del vicio inno- ble de la embriaguez; pero, como medida de policía, dada la abundante distribución de tabernas

y establecimientos del género en esta extensa capital, y la repetición de los casos, merecería estudio la siguiente disposición, dictada en Rusia, como severa medida de corrección:

«Para suprimir el vicio de la embriaguez el gobernador de esta provincia ha ordenado que se fije en las esquinas de las calles, todos los días, una lista impresa de todas las personas, sin distinción de clase ni sexo a quienes se encuentren ebrios. La lista también se publicará en la *Gaceta Oficial*. Si estas personas incurren tres veces consecutivas en el asqueroso vicio, se les obligará a barrer las calles de la capital, bajo la vigilancia de la policía.»

El café está lleno de gente y los camareros no dan abasto al servicio. Llega un transeunte, y cansado de dar grandes palmadas, sin que nadie lo atiende, grita:

—¡Della birra!

Un parroquiano que está en la mesa inmediata:

—Caballero, ¿es usted italiano?

—¡Oui!

—¡Ah! ¿Es usted francés?

—¡Yes!

—Creo que se está usted burlando de mí.

—¡Si!

—Tengo miedo a los viajes marítimos, pero... me decido. Este calor es insoportable.

—Y ¿a dónde vas? ¿A Europa?

—No, a Tierra del Fuego; y... óyeme, tú que entiendes de náutica y meteorología. ¿Cómo encontraré el Estrecho de Magallanes?

—El estrecho? Más ancho, amigo mío, más ancho. El calor lo dilata todo.

MARINO BRAIS.



CONSEJO

No ahuyentes al mendigo sin socorro,
con viles amenazas.

Cuando a un pobre rechazas de tu corro:
¿sabes a quien rechazas?

¡Ah! tan seguro estás de tu linaje,
que no abrigas, siquiera,
ni lejano temor de que ese ultraje
de rechazo te hiera?

Ese, que en Dios al menos, es tu hermano,
¿sabes quien es, de fijo?

¡Ay! teme hallar un padre en cada anciano
y en cada mozo, un hijo!

FEDERICO BALART.

NEOLOGISMOS Y AMERICANISMOS

A RICARDO PALMA

Bogotá, 25 de Diciembre de 1896.

Mi querido Ricardo:

Aunque entregué en propia mano a Rafael Pombo, a Merchán, a Jorge Roa, a Enrique Alvarez, a Camacho Roldán y a Rivas Groot, los ejemplares de su opúsculo sobre neologismos, todos ellos han callado como un muerto; ninguno ha querido hacer un artículo sobre la materia. Reconvenido hace pocos días Merchán por este silencio, me contestó: «no quiero disgustar a Palma»; lo propio me dijo Pombo, y para romper la conspiración del silencio sobre el cuaderno, voy yo, el último, el menos competente de los que en Colombia hacen travesuras con el alfabeto, a constituirme en intérprete de lo que creo piensan nuestros hombres de letras sobre el particular.

Diré en primer lugar, con amistosa franqueza, que por acá no participamos de la chica ojeriza (*rancune*) que en el prólogo del opúsculo, muestra usted contra la Academia y contra España. Nosotros no creemos que España nos desdeñe, ni mucho menos que no nos quiera o nos tenga mala voluntad. No hay motivo para ello; pues aunque no fuera sino por un sentimiento de vanidad, cuando no de justo orgullo, innato en el corazón humano, ella debe sentirse orgullosa de la paternidad de un Continente entero lleno de nacionalidades de su raza, que pesan ya mucho en los destinos y en el equilibrio del mundo civilizado.

Por lo que a nosotros toca, ningún vestigio queda ya en la memoria del pueblo colombiano (prescindiendo de la excitación producida por la guerra de Cuba) de los odios ni de los rencores

de la guerra de independencia. Extinguidos esos recuerdos con la generación que participó de la lucha, juzgamos hoy con toda imparcialidad la obra de la conquista y la colonia; ni podemos en justicia hacer cargo especial de tiranía a España, porque no se hubiera desprendido espontáneamente de sus colonias, como no lo ha hecho ninguna otra nación sobre la tierra; y como para sostener esa lucha contó ella con el afecto y hasta con el fanatismo de numerosos partidarios en el suelo americano, la guerra de independencia podría considerarse con toda propiedad, como una guerra civil. Hace muchos años, no menos de veinte, que aquí cayeron no sólo en desuso, sino en ridículo, los discursos de 20 de Julio contra España, conocidos con el apodo de «los discursos contra la tiranía» (tirana Iberia). Cuando los alumnos del colegio de don Santiago Pérez querían hacérselo *entripar*; y como de neologismos tratamos, vaya este primer neologismo colombiano de *entripar* por *enfadar*, *fastidiar* ó *encolerizar*. Cuando querían darle un *entripado*, y vaya el segundo, haciéndose los ingleses, poníanse á declamar las estrofas de una composición patriótica que don Santiago escribió de adolescente, y de la cual se fastidiaba naturalmente siendo ya, una eminencia; entre otras, aquella que decía:

Allá tras un rincón de cielo y tierra,
Vegeta España, la vetusta reina;
El mar sus canas deshonradas peina,
Que fué tirana y nos vendió la cruz.

Todo esto dará á usted, mi querido Ricardo, una idea completa del estado de nuestros sentimientos respecto á la madre patria, á cuya amistad hemos pedido y continuamos pidiendo importantes servicios, y de quien somos, como debemos ser, buenos y sinceros amigos.

Por lo que al idioma toca, que es el asunto materia de esta carta, estamos perfectamente de acuerdo con usted, en que, si la Academia quiere conservar la autoridad del idioma, es necesario que lo dilate ó extienda á todo el mundo español, haciéndose cargo de todas sus necesidades; mas no por eso pensamos que en el Léxico de la lengua deba darse entrada, y autorizarse como de correcto empleo, á todos los vocablos, frases y modismos del lenguaje provincial y parroquial de las diversas secciones ó pueblos del mundo español en ambos continentes, porque eso sería convertir el idioma en un verdadero *patuá*, en una jergonza bárbara, que en breves años concluiría con toda la pureza, con toda la nobleza, con todo el lirismo de la rica habla de Castilla.

No es, pues, en mi concepto, por capricho erigido en sistema, ni por espíritu antiamericano, que la Academia ponga dificultades para dar el pase en el Diccionario de la lengua, á todos los provincialismos ó voces nuevas que ese honor reclamen, con motivos más ó menos plausibles, sino porque, encargada de mantener el depósito sagrado de la pulcritud y de la nobleza del lenguaje, debe discutir mucho esas admisiones antes de sancionárselas.

Para ello se requieren en mi concepto tres condiciones: 1ª, que realmente falte en el Diccionario de la lengua el propio, el adecuado vocablo para nombrar una cosa ó una manera de ser ó de existir de las personas ó de las cosas; 2ª, que el vocablo que se propone, no sea meramente parroquial, sino que se encuentre ya bastante generalizado; y 3ª, que el neologismo no sea un eufonismo bárbaro. De lo contrario, como hemos dicho, el idioma degeneraría en un *patuá*, en una verdadera jergonza. Por la sola razón de suprimir ó eliminar circunloquios, tampoco es lícito acuñar ó amonedar nuevos verbos. El circunloquio es al lenguaje, lo que la curva á la estética, la morbidez de la forma. Un lenguaje sin circunloquios sería como una matracá sin armonía musical. No admito, pues, por mi parte el verbo *dictaminar*, por feo, y esta sola razón, de ser feo, es suficiente para rechazarlo. Debe decirse: el Fiscal opinó, ó dió su dictamen, ó fué de concepto que....

De conformidad con estos principios deben admitirse muchas, muchísimas, casi la mitad de las nuevas voces que usted propone, por reunir en su favor las tres condiciones antes enunciadas, á saber: necesidad, opinión y forma estética. En este caso se encuentran: absolvente, acápice, adúlón, agredir, alternabilidad, amordazar, andino, anexionista, aplomo, atávico, burocracia, cablegrama, carátula, depreciar, derrumbe, desapercibido, desvestirse, (muy distinto de desnudarse), estero, exculpación, fusonar, oportunista, nacionalizar (distinto de naturalizar), obstruccionista, ocloracia, omófago, (el que se alimenta de carne cruda), oportunismo y sus derivados, orificar y sus derivados, difuerzo, liso, lisura, etc., etcétera, etc.

Difuerzo y no *disfuerzo*, es el remilgo fino, lleno de gracia y de coquetería, de la que «lucha luchando quiere que la venzan, corre corriendo quiere que la alcancen;» pero que sólo en la gentil limeña sienta. Diríale usted, por ejemplo, á una niña, de la margen derecha del Rimac, de abajo del Puente; no va nada con las de la margen izquierda; diríale usted: «Señorita, qué lindo pie tiene usted,» y ella le contestaría en el acto: «Caballero, ¿sabe usted que es un amor de muy mala calidad el que principia por elogiarle á una los pies? No sea usted liso.»

Mas, para dar á usted una lección objetiva sobre lo que resultaría de la admisión de la otra mitad de los vocablos que usted propone, voy á permitirle componer con algunos de ellos un pequeño discurso. Oiga usted:

«En Diciembre de 1894, tomamos el ferrocarril de la Oroya con ánimo de escalar la gigantesca cordillera de los Andes, hasta donde nuestros empobrecidos pulmones lo permitieran. Detuvimos en el pequeño caserio de.... ya á unos 1.600 metros sobre el nivel del mar. Celebrábase al día siguiente la fiesta del Santo Patrón del pueblo. Despertónos el *albazo* con que se daba principio á la fiesta, y no fué poco nuestro *atrenzo* para atravesar las filas de la compacta multitud por en medio de las *apachetas* con que los indios habían llenado aquel sitio. El aspecto de la gente era el de una completa *arranquitis*. Había entre ellos mucho *bachicha*, y á poco dió principio el *cachua*, acompañado de la explosión de innumerables *camaretas*. Mi compañero recibió un *camaretazo*.»

Y si á los neologismos peruanos se agregaran los de las otras secciones de la América española, ¿qué quedaría del habla de Larra, de Castelar y de Balmes?

Vaya allá la muestra de uno solo de los nuestros:

En Colombia, pero principalmente en el Cauca, y muy probablemente con la piadosa intención de que la cosa no infunda tanto terror, no se dice *fusilar*, sino *difuntear*.

Figúrese usted, mi querido Ricardo, y la cosa no tiene nada de extraordinario, puesto que vivimos en la América del Sud, que mañana lo fusilarán á usted por godo ó por radical, por clerical ó por anarquista, ó por cualquier cosa, y que al llegar la noticia á Bogotá, uno de tantos admiradores sinceros con que usted cuenta aquí, principiará su necrología en estos términos: «El 17 de.... último *difuntearon* en Lima á Ricardo Palma. Las letras americanas están de luto. El nombre del salvaje caudillo que tamaño crimen perpetró, pasará cubierto de infamia hasta la más remota posteridad, etc., etc., etc.»

Pues seguro estoy, mi querido Ricardo, de que usted se levantaría de su tumba al escozor de semejante impropio, y armado de grueso garrote vendría á pedir cuenta del sangriento ultraje á Pombo ó á Merchán, á Jorge Roa ó á Carlos Martínez Silva, que á perpetrarlo se hubieran atrevido.

Pero no, mi querido Ricardo, nadie lo *difunteará* á usted sino Dios, y Él me lo guardará muchos años para honra y prezo de su patria, para gloria de las letras españolas en América, y para que vuelva, que no tardará mucho, á estrecharlo en sus brazos, este su apasionado admirador y amigo que mucho lo quiere,

ANÍBAL GALINDO.

MI TIERRA

(LEYENDAS DE LA HABANA ANTIGUA)

CONDADAS Y MARQUESADAS

En aquellos felices tiempos de la Colonia en que todavía había *clases*, de tal manera deslindadas que era imposible la confusión de elementos sociales distintos en un mismo círculo, cosa tan común y corriente desde el 68 á la fecha, ocurrían á granel lances curiosos de esplendidez y largueza, que bien pueden figurar y registrarse hoy como peregrinos é inverosímiles entre los antiguos romances y leyendas.

El prestigio de la grandeza era tanto que había contagiado á la clase media y aun á los ministros, cuanto á prodigalidad y *rumbo*: médico hubo que pagó miles de pesos por un *calesero* célebre de quien no quería deshacerse su amo, otorgándole acto continuo de haberlo comprado su *carta de libertad*; (1) y todos los viejos recordarán todavía aquel hecho del albañil de Jesús María (no acierto con su nombre, pero Pezuela y La Torre lo citan) que redimió con sus jornales al *cimarrón* Justo *Carabali*, capturado por el celador *Cinco Minutos*, bajo la *rasulla* del párroco de Guadalupe el año de 1849, al llevar el Viático, y cuando todavía tenía la Iglesia el *derecho de asilo*: hecho que motivó la *excomunión mayor* y pública del citado celador, (que referiré en otra *leyenda*) dándose el *curiosísimo* caso de que después de muerto el albañil fuese aquel redimido esclavo el amparo y jefe de la familia huérfana de su libertador.

Muchos, muchísimos casos análogos pudiera citar (2) si no fuera que, tras de apartarme del objeto principal de esta *leyenda*, correría el riesgo de hacerla monótona, sin contar con que la *democrática*, pero estíptica y escéptica sociedad actual aco-

gería con recelo é incredulidad la verídica narración de aquellos hechos.

Condadas y Marquesadas se decía entonces de cualquier rasgo de largueza y generosidades exageradas.

Entre ellos voy á citar dos: el 20 matrimonio del primer conde del Puente, don Cándido Francisco Ruiz y Alentado (mi padrino de *Confirmación*) y el bautizo de una distinguida dama habanera, perteneciente á una ilustre familia y cuyo nombre callo, porque consignarlo equivaldría á copiar su fe de bautismo, indiscreción que no me perdonaría, ya que el ocultar la edad es la eterna é incurable manía de todas las mujeres, por lindas y jóvenes que sean.

El casamiento de don Cándido Francisco Ruiz, á quien me refiero, costó 36 mil pesos, solamente en el decorado y transformación del ingenio *San Rafael* (Bolondrón) en castillo feudal con todos sus detalles.

Las damas y caballeros invitados á la ceremonia vistieron en su mayoría traje de corte del siglo XV. La servidumbre vestía en igual estilo, convirtiéndose en pajes, escuderos, rodrigones, dueñas y camaristas, la nube de criados que tenía don Cándido en sus casas del Cerro y de la Habana.

En medio del almenado muro, alzábase la torre del *homenaje* con su alto minarete de atalaya, en el cual un enano auténtico, vestido de *bufón* anunciaba con los roncós sonidos de un cuerno de caza la llegada de los magnates, caballeros de Calatrava y Santiago, de Alcántara y Montesa, trovadores y capitanes de lanzas, que trasponían el fingido *punte levadizo* de la mansión feudal.

Recibíalos el *cómitre* ó mayordomo del castillo guiándoles por entre los corredores llenos de *juglares* y *juglaresas*, que ejecutaban danzas, juegos y cabriolas sobre el alfombrado pavimento, alumbrado con perfumadas antorchas fijas en los brazos de hierro que se habían colocado entre ventana y ventana de los largos corredores.

El salón principal, en cuyo fondo se había levantado suntuosa capilla, era el remedo exacto de las *salas del juicio* ó del *trono* en los castillos de la Edad Media, y allí se verificó la ceremonia nupcial, á la que asistió lo más *granadito* de la sociedad habanera, oficiando en ella monseñor Fray Jerónimo de Lavastida, obispo de Puebla y más tarde arzobispo de Méjico.

El que desee cerciorarse de la verdad de lo que voy á referir ahora, no tiene más que registrar las colecciones de periódicos de 18.... (*Diario de la Habana*, *Prensa* y la *Gaceta*, que entonces publicaba crónicas bajo el título de *Gaceta*) y era mi padre el *gacetillero* desde Agosto á Diciembre, y en ellos encontrará la descripción del regio bautizo de la que ha sido durante 30 años la dama más atractiva en nuestros salones, el modelo más acabado de distinción y elegancia.

Alfombróse toda la calle Real de la Salud, desde la casa hasta la iglesia de Guadalupe, con riquísimo tapiz; una orquesta en la casa y otra en el templo que desde que salió el cortejo hasta que retornó, echó las campanas á vuelo. Dos lacayos vestidos de gran librea, con galón blasonado con las armas de la casa, abrían la marcha, conduciendo un rico azafate, de plata á martillo lleno de flores, que regaba por la alfombrada calle un paje, también de gran librea.

Tras éstos, marchaban otros dos lacayos llevando otra riquísima bandeja colmada de monedas de oro y plata, que arrojaba á *paletadas* sobre una y otra aceras, cuajadas de público, otro paje ricamente vestido valiéndose para ello de una pala de plata. Todos los criados de la casa hacían de *bati-dores*, despejando el camino; venía luego la niña en brazos de una distinguida dama habanera, y luego la comitiva, en la que formaba y figuraba toda la grandeza de la Habana.

Un soldado viejo, que toda la Habana conoció después como pedicuro, recordándole yo este hecho, me decía con mucha gracia:

—Yo, que no había visto más que las azoteas de la Habana, porque el corbatín de *cuero* que usaba entonces el ejército me impedía bajar la cabeza, recogí sin ver, y nada más que al tacto, agachándome sobre las aceras, más de veinticinco pesos en doblones y pesetas fuertes!

Esas eran entonces las *Condadas y Marquesadas*, que por desgracia nuestra y parodiando á Becquer.... ¡No volverán!

FELIPE LÓPEZ DE BRIÑAS.

Habana, Noviembre, 96.



(1) Este rasgo de don Gonzalo Jorrín lo he oído referir en mi familia.

(2) Mi abuelo materno don Nicolás Sainz, *corredor de número* de los de esta ciudad, regaló al general Ricafort su cocinero *Marcelino*, congo, por haber celebrado el citado general la *sazon* de una comida que mi abuelo le ofreció.

De Arte

IDILIO SPIRTO GENTIL

LOS NIÑOS MÚSICOS.—UNA PICA

PREGUNTARON un día a un gran artista cuál era, de los ideales que persiguen los pueblos modernos, el que mejores obras de arte podía inspirarle.

—Ninguno—contestó.

—¿Cómo ninguno?—replicaronle asombrados. —¿Es posible que ni el ideal religioso, ni el político, ni el social, sirvan para inspirar a usted una obra de arte?

—Digo con Zola: «Las hojas de las rosas no sirven para ensalada».

—Según eso, el arte solamente sirve...

—Para lo que sirven las rosas—replicó el artista.—Para lo que sirven las puestas de sol y el amanecer; para lo que sirven cuantos espectáculos nos ofrece la Naturaleza; espectáculos siempre nuevos y siempre bellos; para lo que nos sirve eso—concluyó señalando una pareja de enamorados campesinos, que a la sombra de un castaño charlaban de sus amores.

**

Y Mariano Benlliure piensa lo mismo que su colega. Los motivos de la obra de arte ha de proporcionárselos el hombre y la Naturaleza, no las escuelas científicas, religiosas ni políticas de ningún género. Así, pues, buscó en la juventud, el sujeto de una de sus obras escultóricas más delicadas, obra todavía inconclusa.

Idilio titula Benlliure ésta en que me ocupo: podría titularse también *El primer beso*. El primer amor es siempre puro é ingenuo: «todos hemos sido protagonistas en un idilio», exclama un escritor francés; y esa pureza y esa ingenuidad y esa inocente confianza de los amores de la adolescencia, ese algo espiritual, cuasi místico y vehemente, que acerca el mocito a la niña, es lo que ha determinado Benlliure con el cincel en las figuras de su *Idilio*. *Lo psíquico lo ha reducido a lo físico* el gran escultor, a pesar de quel apotegma de un hombre de ciencia tan respetable como Delbéuf, apotegma que afirma rotundamente que *lo psíquico es irreductible a lo físico*.

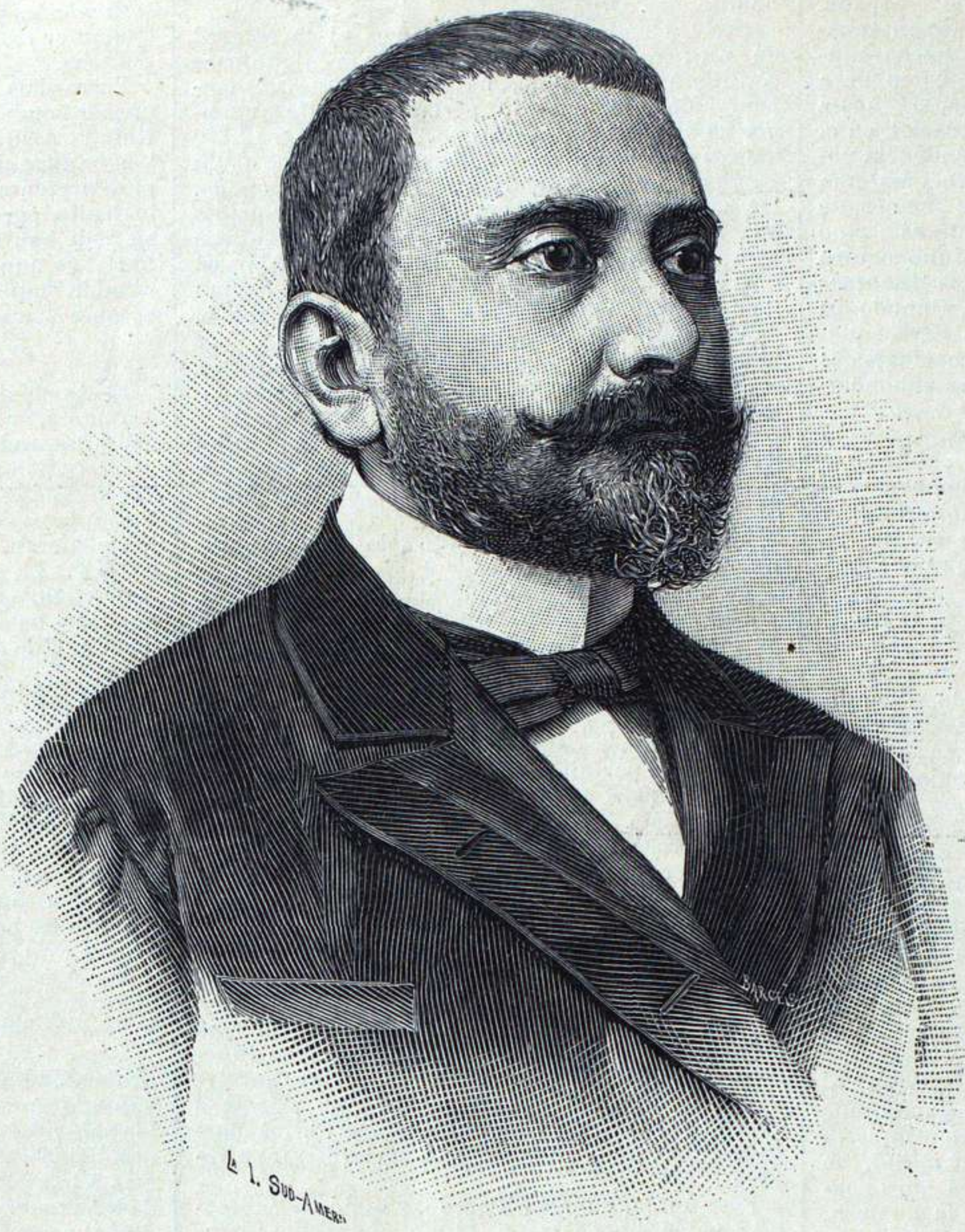
Del modo cómo logró Benlliure realizar tal prodigio, no podemos hablar, no tiene explicación posible.

El genio es todo intuición, pocas veces razona, y cuando razona descende. Todos los psicólogos y estéticos del mundo no son capaces de dar una fórmula que enseñe al artista a expresar plástica ó gráficamente esa emoción suprema que obliga al primer beso de amor. El genio es psicólogo, es estético, es todo. Las teorías más formales se van al suelo ante una pincelada ó un golpe del pabillo, dados á impulsos de un momento de inspiración.

No besa el pastorcillo del *Idilio* esculpido por Benlliure a la jovencita cuasi impúbere, que se recuesta en el brazo de aquél; la acaricia blanda, suavísimamente; apenas posa el mozo sus labios sobre los labios virginales de la niña; ésta, con la cabeza echada hacia atrás, entornados los ojos, recibe el ósculo como una estática; él, grave, respetuoso, recibe el aliento de aquella boca sin pecado. No, no es ese beso, eternizado en el mármol por Benlliure, como aquel que obliga á decir á *Francesca di Rimini*, en un momento de dolorosa voluptuosidad que el recuerdo le produce, y refiriéndose á su amante:

én boca mi baccio tutto tremante.

Cada objeto, cada cosa, cada hombre, cada espectáculo, en fin, que por vez primera impresiona la imaginación de Benlliure, le sugiere espontáneamente un sujeto para una obra de arte. Murió Gayarre, su gran amigo, y en la mente del genial escultor, allá en lo hondo de su cerebro, le quedaron impresadas, como en placa fonográfica, las notas de oro que el célebre cantante pulía para ponerlas en la fa-



Dr. D. WENCESLAO ESCALANTE
Ministro de Hacienda de la República Argentina

mosa romanza de *L'spirto gentil*. Encomendáronle que labrara un sepulcro para guardar los restos del famoso artista lírico, y Benlliure busca el modo de realizar un pensamiento tan original, tan delicado, tan hermoso, como el de que las generaciones todas se acerquen á la tumba



D. ALBERTO B. MARTINEZ
Subsecretario de Hacienda

de Gayarre dispuestas á escuchar de nuevo aquellas notas que sonaban como perlas al rebotar dentro de un búcaro de finísimo cristal.

Y realizó el escultor su pensamiento. Al borde del

sepulcro, cuya losa que le cubre levantan genios, está la inspiración sentada, inclinada la cabeza, escuchando la voz angélica del gran cantante, y poniendo silencio con el ademán. La ilusión es completa. El caminante que atravesando las montañas que rodean el Roncal, valle donde nació Gayarre y donde reposan ahora sus cenizas, distingue sobre la verde mancha del campo la blanca del mármol del sepulcro, creará que va á escuchar de nuevo, con la simbólica figura, la voz sublime del cantor; como se detiene todavía al viajero que pisa las abruptas asperas de Roncesvalles, para escuchar las vibrantes y enérgicas estrofas del Altabiscar, que resonarán por los siglos en aquellas cavidades, juntamente con los dolientes sonos de la bocina de Roldán.

**

Y de esas dos concepciones geniales que en nada se parecen, y á las que une solamente el parentesco de los elevadísimos grados éticos que las inspiraron, pasa Benlliure á emocionarnos con otro sujeto, en el cual todo es alegría, todo es luz, en el que hoy no hay la menor sombra de dolor, donde la inocencia en su más absoluta expresión, se nos muestra despertando en el espíritu una de las más puras y al propio tiempo de las más humanas de las emociones. El sujeto que inspira esta obra ó mejor dicho, estas obras, pues se trata de varios bajo-relieves en mármol, puede considerarse como un pretexto para desarrollar ante nuestra vista el animadísimo y riente cuadro de las gracias de la infancia.

Titulo yo esta nota *Los niños músicos*, cuando en realidad debía titularla *Los niños artistas*, pues que dichos bajo-relieves de carácter alegórico, lo son de las Bellas Artes en general. Lucca de la Robbia, Donatello, Rubens, Murillo, tienen en Benlliure un digno sucesor en la interpretación de motivo tan difícil como es el determinar, con el pabillo ó el pincel, esas líneas curvas de infinitos grados, que desde la rizosa cabellera hasta los rosados taloncitos, semejantes éstos por su forma y color á una hoja de rosa, componen la plástica del niño, en la edad en que apenas la palabra sale entera de sus labios, y sus risas semejan el canto de los pájaros.

Allí están los niños cantores, representando *el coro*, la *armonía*, representada también por otros varios, de bellísimas formas. Dispuestos en escorzos de un atrevimiento grande y de una gracia exquisita, arrancando notas á un piano, cuyas teclas hieren á puñados con los piececillos; allí están la *escultura* y la *pintura*, á cuyo cultivo se dedican gravemente varios chiquitines, capaces de embelesar al más recalcitrante de los célibes y á quienes las madres pondrían en un altar, juntamente con el Niño Jesús, pensando, sin darse cuenta de ello, con un poeta, «que Dios ha creado, para consuelo de nuestras miserias, y para enjugar las lágrimas de las madres, los besos de los niños».

**

El escultor Benlliure es pintor también, y pintor tenido en alta estima en el extranjero. Recuerdo que hace diez años vi en la galería del archimillonario Vanderbilt un cuadro de Mariano Benlliure representando el instante en que Lagartijo se disponía á matar un toro. Cerca de este cuadro había otro de Fortuny. «Dos grandes pintores», me dijo el servidor de Vanderbilt, que me acompañaba.

Pues bien, el gran pintor tiene en su estudio, entre los varios bocetos á la acuarela y al óleo, el de un asunto taurino como el citado, existente en Washington; representa el instante en que un picador pone una *puya de castigo* al toro. Color, luz, movimiento, interés, todo esto avalora la minúscula tabla, donde, á medio concluir, ha fijado el genio de Mariano tan rápida como interesante escena. Los escorzos de las figuras son de una

verdad asombrosa: la fuerza del toro suspendiendo al caballo con las finas astas, se advierte en la manera de embestir, en la violenta posición del misero penco y en el escorzo del picador: las actitudes de los peones disponiéndose al quite, traen a la realidad a quien contemple el cuadro. El sol ilumina la escena, arrancando brillantes deslumbradoras de la indumentaria de los toreros. En el fondo, la multitud manotea, se agita: parece que se escuchan las imprecaciones, las voces, los chistes del público de las plazas de toros.

**

Como escultor y pintor, Benlliure es un estético de refinado gusto. El mundo exterior en sus formas no tiene para él secretos; los del suprasensible, los adivina su intuición genial. Las materias susceptibles de ser esculpidas o aplicables a este arte, no se le han revelado jamás; y por eso Mariano Benlliure es también un orfebre prodigioso. Quizá algún día exponga a la admiración pública una obra del arte que enaltecieron los Cellini y los Ares.

R. Balsa de la Vega.



LAS BORLITAS DE MINA

EN Febrero de 1811 puso a precio el mariscal Suchet las cabezas de Mina y sus dos lugartenientes. Seis mil duros ofrecía por la del jefe guerrillero, cuatro mil por la de su segundo don Gregorio Cruchaga, y dos mil por la de Gorriz ó cualquiera otra de los jefes que le igualasen.

Ardía entonces en su mayor furor la tan bien llamada guerra de la independencia, y Navarra como todo el resto de España, era teatro de sangrientas crueldades por parte de los invasores, y atroces represalias por parte de los agredidos.

Los ancianos recordaban con pesar la profética resistencia del conde de Gages, virrey de Navarra, a la construcción de las calzadas y caminos reales

CUERPO DIPLOMATICO AMERICANO



Dr. D. NORBERTO PIÑERO
Ministro de la República Argentina en Chile

de Francia, que en su tiempo comenzaron a trazarse.

—Hacia el lado de Francia,—decía el virrey,—más os valiera levantar murallas de bronce.

El general Reytle, gobernador intruso de Pamplona, procuraba sobre todo exterminar la división navarra que mandaba Mina, como comandante general de las guerrillas, por nombramien-

to de la regencia del reino.

No daba Reytle cuartel a ningún soldado navarro: llevábase en rehenes a sus padres y parientes, y más de una vez aquellos pacíficos labriegos, transformados por la crueldad y perfidia de los invasores en leones feroces, encontraron pendientes de los árboles los cadáveres de sus deudos más amados.

En Noviembre de 1811, apoderóse Reytle, en Idocin, de una hermana y dos cuñados de Mina, y amenazó al guerrillero con dar a los tres la muerte, si al punto no deponía él las armas y se retiraba humilde a su casa.

A tan horrible propuesta, contestó Mina con su famoso edicto del 14 de Diciembre, declarando guerra a muerte y sin cuartel a todo francés, sin distinción alguna, ni aún de su emperador mismo, y ordenando que cuantos franceses cayeran prisioneros, fuesen ahorcados y colgados en los caminos públicos, con sus correspondientes uniformes, insignias y notas de filiación.

—Por cada oficial español que fusilen,—decía el edicto,—fusilaré yo cuatro franceses, por cada soldado, veinte.

Y como lo dijo lo cumplió el feroz caudillo navarro, hermano, más bien que jefe, de los valientes que capitaneaba. Por que no era entonces Mina el general don Francisco Espoz y Mina, tan discutido años más tarde por carlistas y cristinos, héroe para unos, monstruo para otros y sólo para todos valeroso militar y táctico sin estudios.

Era Mina en aquella época el guerrillero hijo del pueblo, sin más ambición que la de matar franceses, alegre, sencillo, ignorante, que creía como artículo de fe, aquella copla que

aprendió de mozo en sus rondas de Idocin, y en su destierro, de Cambó repetía de anciano:

San Luis, rey de Francia, es,
El que con Dios pudo tanto,
Que, para que fuese santo,
Le dispensó el ser francés.

Para el Mina de 1811, como para tantos otros españoles de su época, no había otro criterio, ni otro



República Argentina — Alrededores de Buenos Aires — EN LA TERRAZA DEL "TIGRE HOTEL"

punto de partida, que el dicho de don Juan Solarino, consejero de Felipe V.

—El mejor francés, francés es.

Distinguióse siempre Mina en todas sus épocas, por la solicitud severa, al par que amorosa, con que cuidaba de sus tropas, como si el soldado hiciese vibrar en su corazón de bronce, la prudente severidad de un padre, junto a la blanda ternura de una madre. Duro y hasta cruel para castigar la menor falta de valor ó disciplina, era, por el contrario, indulgente y cariñoso, para premiar los trabajos, prevenir las necesidades, y remediar las miserias de cuantos militaban á sus órdenes.

Por eso eran grande, sus temores, y su preocupación muy honda, al promediar el mes de Octubre de 1811. Horrible y pavoroso se presentaba en efecto el invierno, para los guerrilleros de Navarra. Los frios arreciaban antes de tiempo, adelantábanse las nieves y temporales temprano, y lluvias copiosísimas imposibilitaban las marchas y contramarchas; ataques repentinos y falsas huidas, que constituyen la estrategia de las guerrillas y habían de ejecutar aquellos infelices hambrientos las más de las veces, sin ropa casi, sin abrigo siempre, y dejando con harta frecuencia entre las breñas y asperezas de las montañas, las abarcas de cuero ó las destrozadas alpargatas de esparto, que no podían reponerse.

En situación tan crítica y angustiosa recibió aviso Mina de que el mariscal Masena salía de Vitoria por el camino de Irún, conduciendo un convoy de ciento cincuenta carros cargados de aquellos mismos pertrechos de guerra y vestuario que á los guerrilleros navarros faltaban. Escoltaban el convoy mil doscientos franceses de á pié; y otros doscientos de á caballo, y conducían además mil cuarenta y dos prisioneros españoles é ingleses, que pensaban internar en Francia.

Se ha comparado, con acierto, la previsión de los grandes generales, á la mirada del águila que, remontándose en pleno día á inmensa altura, ve mil secretos escondidos á los vulgares ojos. Mas la del guerrillero Mina podía mejor compararse al vigilante acecho nocturno de los pájaros de la última escala carnívora, que desde los tejados, desde las cuevas, desde los picachos, torreones, ruinas y bosques, atisban la víctima descuidada y tranquila, para caer sobre ella.

Desde su agujero de estrella, donde á la sazón se hallaba, divisó Mina aquella rica y oportuna presa, y en silencio, sin manifestar á nadie su plan, ni despertar la menor sospecha, lanzóse sobre ella como se lanza la tempestad, que nadie sabe donde va á caer, y no es vista ni oída hasta que el trueno que espanta y el rayo que aniquila, revelan su presencia.

Por fragosas veredas y vericuetos horrendos llegó Mina, en marchas forzadas, hasta el monte Arlabán, en los lindes de Alava y Guipúzcoa, y allí se emboscó á poca distancia de Vitoria.

El día 25, muy cerca ya de las ocho, apareció en el camino el primer trozo de la vanguardia francesa, arrogante y desprevenida, por aquella fatua confianza natural de los imperiales, que tan bien supieron explotar los guerrilleros españoles de aquella época.

Dejó Mina pasar libremente la vanguardia, y dejó pasar también el centro, para no alarmar el resto de las fuerzas que custodiaban el resto del convoy. Mas cuando apareció éste, haciendo resonar lentamente las clásicas campanillas, un fuego infernal y horroroso se rompió por derecha é izquierda del camino, con tan extremado acierto y buena puntería, que batida las escolta por completo y no dándose cuartel á nadie, quedaron libres los prisioneros, y en poder de los españoles, todo el rico botín que conducía Masena.

Retrocedió éste en vergonzosa fuga hasta Vitoria, y retiróse Mina á Zaldueño. Lugar distante seis leguas del sitio del ataque. El botín fué tan rico y tan abundantes los despojos, que con ellos surtió Mina á sus guerrilleros de cuantas prendas de vestuario le faltaban, y aún pudo uniformar de pies á cabeza al antiguo batallón de Odoyle, que era su favorito, por haber sentado en él plaza de soldado en 1808.

Era de ver aquel Napoleón de las guerrillas, como con justicia le ha llamado la historia, aquel fiero Mina, en cuyas heroicas hazañas de entonces, se descubría ya el fondo de sanguinaria crueldad que había de hacerle más tarde fusilar á la madre de Cabrera (1), repartiendo por su propia mano en la plaza de Zaldueño, mantas y alpargatas á sus cansados guerrilleros, y estirando el faldón de los flamantes casaquines del batallón navarro, para ceñírselos mejor al talle. Tenía aquello, mucho de la orgullosa ternura de la madre, que á costa de propios trabajos logra vestir galantemente á su hijo; y no poco también de la vanidosa satisfacción del guerrillero campesino, sin instrucción ni escuela militar, que consigue al cabo verse al frente, no de una partida rota y harapienta, sino de una tropa regular, decente y equipada.

(1) El fusilamiento de la madre de Cabrera, María Grifó, lo mandó don Agustín Nogueras, comandante general del bajo Aragón, al brigadier don Antonio Gaspar Blanco, gobernador de Tortosa. Este se negó á cumplir la orden de Nogueras, y elevó á consulta del capitán general de Cataluña don Francisco Espoz y Mina, el cual contestó que se cumpliese la orden de Nogueras y fuese fusilada la inocente y anciana María Grifó. Mina es, por lo tanto, el verdadero responsable de est: bárbaro atentado, que manchará siempre su memoria.

Desparramáronse por todo el lugar, los valientes mocetones del batallón navarro, ansiosos de lucir sus uniformes. Consistía éste en un pantalón encarnado, sin franjas y un casaquin azul, que remataba por detrás en un pico, y en otros dos por delante. De cada una de esas tres puntas pendían otras tantas borlitas rojas, con muy poca gracia dispuestas.

Aquellas inofensivas borlitas produjeron á poco un grave conflicto. Nadie supo dar la razón nunca; mas ya fuese que aquellos toscos montañeses encontraran afeminado el adorno, ya que alguna burla femenil lo hiciese á sus ojos ridículo, ya que su procedencia francesa se lo hiciera antipático y aún odioso, es lo cierto que las borlitas encarnadas desaparecieron como por encanto, y al caer de aquella misma tarde no había ya un solo casaquin con borlas, porque cada uno de los soldados del batallón se había comisionado de cortar las suyas.

Extrañóse Mina del caso, y como lo considerase falta indirecta de disciplina, mandó que no saliese al otro día de su alojamiento ningún soldado navarro, sin llevar en su casaquin las tres borlitas encarnadas.

Obedecióse la orden por el pronto; mas no bien hablaron entre sí los navarros é hicieron sus comentarios, tornaron á desaparecer de los casaquines, con igual presteza y eficacia, las tres borlitas encarnadas.

Por dos veces repitió Mina la orden, con paciencia en él inusitada, y por dos veces se cumplió, y por otras dos tornó á desobedecerse; hasta que al cabo, fuera ya de si el jefe guerrillero, al ver que la falta de disciplina se trocaba en rebelión abierta; intimó por tercera vez la orden bajo pena de muerte, y mandó abrir información sobre aquel ridículo sainete, que amenazaba terminar en drama sangriento.

Nada pudo, sin embargo, averiguarse, sino lo que harto patente resultaba; que á los voluntarios navarros no les gustaban las borlitas, ni querían tampoco llevarlas.

Todavía intentó Mina descubrir por medios indirectos el principal promotor de aquella infantil rebeldía, deseoso de descargar todo el peso de su ira sobre una sola cabeza.

Mas el espíritu del compañerismo selló todos los labios, y ni ruegos, ni astucias, ni amenazas, pudieron arrancar, á aquellos niños con barbas, otra confesión ni otra respuesta, que la de encogerse bruscamente de hombros.

Un cornetilla de quince años fué más expedito. Apremiado por el mismo Cruchaga, contestó con donaire:

—¿Las borlitas?... ¡Uy!... Hacen marica.

Pérdida entonces toda esperanza de encontrar una sola víctima, mandó Mina diezmar el batallón y que fuesen pasados por las armas los reos al amanecer del día siguiente.

Sucedía esto en Mendigorria, adonde pasó Mina desde Zaldueño, después de la derrota de Masena. Habíase unido mientras tanto, la división de Reytle por orden de Suchet, y la de Caffarelli, en Puente la Reina, y ambas se aprestaban á caer juntas sobre Mina, con el fin de aniquilarle por completo. Tuvo éste aviso de que Reytle se encaminaba ya á Tafalla, y determinó apostar su gente en el Carrascal, para salirle al encuentro.

Mas primero, emprendida ya la marcha una hora antes de amanecer, mandó formar el cuadro á la salida del lugar, frente á la ermita de Nuestra Señora de Andión, para que fuese allí cumplida la sentencia dada la víspera.

Esperaba aún Mina alguna señal de debilidad, alguna muestra de arrepentimiento que le sirviera de pretexto decoroso para otorgar un perdón, que ansiaba conceder como hombre y como caudillo, deseoso de economizar, en momentos en que tanta se derramaba, aquella sangre valerosa que iba á desperdiciarse inútilmente.

Mas los reos, confesados ya, pálidos como el que va á morir, pero serenos como el que no teme á la muerte, se adelantaron en silencio, sin gesto ni ademán alguno de temor, de arrepentimiento ni protesta.

Más azorado que ellos Mina, revolvíase sin cesar en su caballo, entraba y salía en el cuadro por diversos puntos, y miraba con angustia, á todos, jefes, oficiales, soldados y aún paisanos mismos, buscando, no ya una muestra de debilidad ó una palabra de arrepentimiento en los reos, sino una frase de intercesión, una mirada de súplica en cualquiera que fuese, á que pudiera contestar él con el perdón que le subía de las entrañas y pugnaba por salir de sus labios.

Mas la inmovilidad era tan completa, como si helase á todos el soplo de la muerte; el silencio tan profundo, como si se sintiese ya en el aire su fúnebre aleteo.

Los sentenciados, prontos á morir, callaban; y el diezmo batallón navarro presentaba las armas á sus compañeros, como si les hiciese los honores de la eternidad, en silencio, cerrando los ojos, para no ver, pero sin abatir ni humillar las erguidas cabezas.

Entonces sintió Mina que su indignación se calmaba de repente, que algo húmedo entraba en sus ojos, y toda la fiereza del jefe guerrillero se desplomó en un segundo, ante aquella rebeldía de niños, sostenida ante la muerte con heroico tesón de hombres.

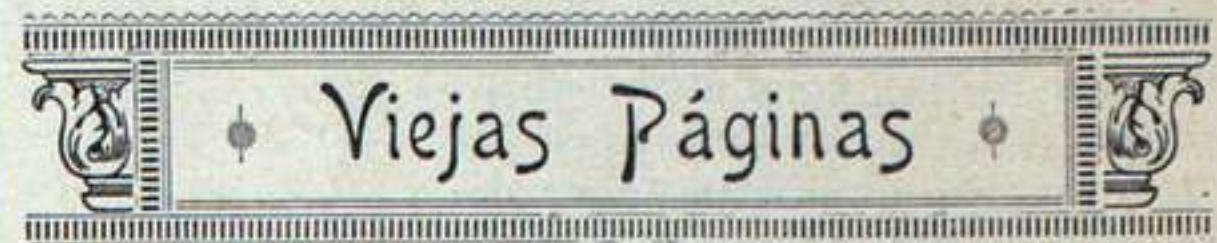
En su rústica oratoria, les gritó agitando el sable.

—¡¡Brutos!! Os perdono á todos... ¡Pero desde hoy ireis siempre... ¡siempre!... á la vanguardia!

Un inmenso clamoreo hendió entonces los aires, destacándose más alto que los gritos de júbilo y más fuerte que los alaridos de entusiasmo, este otro grito del batallón diezmo, verdadera fermentación de la sangre navarra.

—¡A la vanguardia, sí!... ¡pero borlitas, no!...

LUIS COLOMA. S. J.



A MI MADRE

Versos me pides: no podrá mi mano
Del arpa muda desprender acentos
Porque para expresar mis sentimientos
Es pobre y débil el lenguaje humano.

Me agobia el peso del dolor insano
Y sólo lanza el corazón lamentos:
Niño sin fe, titán sin pensamientos,
Tejer estrofas pretendiera en vano.

Flores te doy, corona desprendida
Que recojo con torpe desaliño
Para tu anciana sien, madre querida.

Y como emblema de filial cariño
Al través de las luchas de la vida
Vengo á ofrecerte el corazón de niño.

OLEGARIO V. ANDRADE.

ROSAS

No impera sólo Facundo, Aquiles de las edades bárbaras de América, sobre el suelo estremecido de la patria. En las anchas sabanas del Sur va subyugando las masas, jinete que doma el potro, hipócrita caudillo que fanatiza, otro hombre famoso ya en ciudades y campañas. No era nuevo hacia 1825 en el teatro de su negro drama. He retardado, empero, su exhibición, porque el aliento de los grandes malvados envenena. La musa se irrita al respirarlo, y la conciencia embargada, apenas y á costa de supremo esfuerzo si puede escoger entre la serenidad del que juzga y la emoción iracunda del que aborrece. ¿Quién era ese hombre? Al verlo, creerías que el arte diabólico se agotó para encarnarse en él. Es el hijo hermoso del mediodía. Atlético de formas y arrogante de apostura, lleva en su andar los aires de la audacia; pero en su frente ceñuda y en los rasgos que se desprenden de aquellos ojos dominadores, revélase patentemente que aquella actividad no está regida por movimientos espontáneos. Fosca y pertinaz mirada baña el óvalo de su rostro blanco; sus labios contraídos tienen el gesto del sarcasmo genial, y en su frente alta, pero mal desenvuelta, se lee un pensamiento fijo, uniforme, batido por las pasiones del alma que trasluce. La agria esperanza que lo alienta parece haber estereotipado en sus labios aquella fría sonrisa. La concibió en sueños amargos y se fijó con su expresión. En la emoción del hombre leal buscáis los estremecimientos del pecho; pero delante de aquel caudillo y subyugados por su mirada, buscaríais el reflejo siniestro de la faz que su pasión predominante asumiera en cada punto; aun dudaríais que tuviera corazón. Todo él está en sus ojos y en su sonrisa, como una encarnación del tirano, que humilla y se burla de sus semejantes. No resplandece en su fisonomía el calor del sentimiento moral, ni la franca ingenuidad del hombre imprevisor. Su alma no reposa. Inquieta y febril, va al capricho de la pasión, desmayada por la envidia, irritada por el encono. Tiene rasgos predominantes, radicados en la vida vagabunda y en las confidencias del palenque; el profundo egoísmo del hombre en la lucha con la naturaleza y la soledad; la idolatría de la fuerza y la resignación al remordimiento debilitado por un fatalismo instintivo, que engendra el combate y las privaciones. Es disimulado y suspicaz, frío y cruel. Está á servicio de sus fines ambiciosos sin lucha íntima; apenas siente su vida moral por el roce de pasiones coincidentes. Ninguna personalidad se ha desenvuelto con mayor lógica á favor de su elemento; nada lo contrariaba en el fondo de su alma por la ausencia absoluta del sentido moral. Gaucho un día, fué otro, protector de vagabundos, caudillo de desertores que cobijaba y mandaba; capitán de montoneros militares, amparados por la ley primero, independientes después, rebeldes, por fin; jefe de las campañas mañana, y al amparo de la corrupción, y el desaliento, brutal tirano, al cual una generación de mártires citaba ante el Dios de la justicia, y una generación de esclavos ensalzaba gritando con acento ignominioso:

—¡Llor eterno al magnánimo Rosas!

El gaucho estupefacto le admiraba, cuando co-

ría la pampa dominando el bruto generoso con brazo y aliento de Hércules; lo admiraba deslumbrado; jamás la tierra de los desiertos sustentó, hubiera podido cantar el payador del Sur, ni rico más generoso, ni patrón más campechano, ni jinete más robusto, ni gaucho más enamorado; jamás la vida del desierto alimentó pecho más fuerte, ni dieron resplandor sus luces a busto, más hermoso. Y era así, la belleza de Juan Manuel Rosas: prestigiosa para el sentido estético de las masas bárbaras, la idealización artística del tipo campesino, como era su corazón degradado el producto lógico y superior de la educación, de los hábitos, de las preocupaciones con que el coloniaje envileció al pastor de los desiertos; y jamás apareció suma tal de ignominias morales bajo formas tan seductoras. Era el Belial de Milton.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.
(Argentino.)

EL NÚMERO 7

(DEL ITALIANO)

Dios, los hombres, la naturaleza, reconocen el valor de esta cifra cabalística que ha dado origen a una farsa.

Al séptimo día de la creación del mundo, descansó Nuestro Señor; 7 fueron las vacas gordas; 7 las vacas flacas; 7 los salmos de la penitencia; 7 los Sacramentos; 7 los pecados capitales; 7 los dolores de María Santísima; 7 los días de la semana; 7 los colores del arco iris.

Los sonidos musicales se representan con 7 signos; y la música, para cumplir el objeto que le está encomendado, se vale de 7 tonos y 7 claves. 7 fueron los sabios de Grecia; 7 las trompetas que, durante 7 días, se hicieron oír en el asedio de Jericó al séptimo día los 7 sacerdotes recorrieron 7 veces la ciudad; al séptimo día se desplomaron los muros; 7 días antes del Diluvio, tuvo Noé noticia de éste; en 7 días recogió en el Arca todos los animales; al séptimo día envió una paloma mensajera. Jacob prestó sus servicios durante 7 años a fin de ganarse a Raquel 7 años después; 7 fueron los años de la abundancia; 7 los de la carestía; 7 las espigas de trigo llenas y 7 las vacías; 7 horas permaneció Jesucristo en la cruz, durante las cuales habló 7 veces; 7 fueron sus apariciones; y después de 7 semanas envió al Espíritu Santo.

El justo peca 7 veces al día; los cónyuges de Jehovah ofrecieron en sacrificio, durante 7 días y 7 noches, 7 bueyes y 7 carneros; Salomón empleó 7 años para construir su templo, en el que celebraron fiestas durante 7 días, ardiendo entro tanto 7 lámparas; hizo, además, penitencia durante 7 días.

Siete días lloró José la muerte de Jacob; é igual cosa hizo la hija de Jefe, cuando éste falleció.

En el número 7 se ocultan los misterios del Apocalipsis, revelados a las 7 iglesias de Asia. Hallan en una de ellas 7 candelabros de oro, 7 es trellas, 7 corderos delante de los 7 espíritus de Dios, el libro de los 7 sellos, el cordero de 7 cuernos y 7 ojos, los 7 ángeles y sus 7 trompetas, el dragón de 7 cabezas y 7 cuernos, los 7 ángeles armados de 7 dardos; hallan asimismo representados los 7 truenos.

Los primeros dientes salen a los 7 meses, y la muela del juicio a las 7 veces 7 años. Por último, el que esto escribe empleó 7 cuartillas de papel para contar las hazañas del número 7.

RAFAEL MORENO SERRA.



OBSERVACIONES

A PROPÓSITO DEL «SALÓN» DE 1896

SUMARIO: —Breve introducción. —Datos estadísticos. —Necesidad de: confortable. —Fecha de apertura. —Dirección de Bellas Artes. —Reforma necesaria en su personal. —Los premios de este año. —Tradiciones sobre el premio de honor del «Salón». —El paisaje y la figura. —Peligros que corremos. —El temperamento personal y el estudio. —Valor de la originalidad en la obra de arte. —Pirron y Voltaire. —Opinión de Corot. —Artistas, pintores y pintadores. —El cuadro más vibrante y original del «Salón». —Resumen y conclusiones.

No vamos a ensayar una crítica de las obras del «Salón», sino a anotar algunas ideas y enunciar algunas observaciones que su estudio nos sugiere. Estas ideas y observaciones son de un carácter general y las sometemos particularmente a la consideración del Directorio de Bellas Artes, a cuyo cargo corren las exposiciones oficiales y nuestro Museo Nacional Artístico.

Nos parece útil que se deje oír de vez en cuando la voz de los hombres de la profesión, forzosamente mejor instruidos y más vivamente interesa-

dos que ningún otro en la materia que constituye su especialidad.

Las relaciones que nos unen personalmente a todos los directores, la vieja y sólida amistad que nos liga a algunos de ellos, dictarán el tono comedido de estas notas, cualquiera que sea la vivacidad que sintamos y la impaciencia que experimentemos por ver adoptadas algunas medidas de reforma que juzgamos de un interés fundamental.

Entrando ya a la cuestión, he aquí dos puntos capitales que se ofrecen a nuestra atención sobre los intereses materiales del Museo y el bienestar del público que allí concurre: medios fáciles de aumentar las entradas, medidas de confortable.

Según datos estadísticos que tenemos a la vista, el número de visitantes al «Salón» no difiere considerablemente de un año a otro. Sólo una excepción ha habido, las entradas del año 92, en cuya fecha se dió al público una suma de comodidades no acostumbrada. El producto de aquella exposición subió al doble de las anteriores.

El año pasado, contra la opinión tenazmente sostenida por los artistas, el Directorio creyó atraer mayor concurrencia bajando los precios. Resultado: la concurrencia fué la misma, y el producto de las entradas bajó de una manera lastimosa, como no se había visto nunca.

No se educó a nadie y el Museo perdió algunos dineros.

La verdad es que no es sólo el amor al arte lo que lleva las gentes al «Salón», como no es sólo la beneficencia la que las lleva a las kermeses, ni el gusto por las razas caballares lo que las lleva al Club Hípico, ni el entusiasmo por los patines al salón de patinar, aun a riesgo de quebrarse una pierna y de romperse la cabeza. No, esa razón sólo existe para los iniciadores, que son siempre unos pocos, el gran motor es otro; lo que estimula al público y le lleva de la mano es el inmenso y natural atractivo de la SOCIABILIDAD.

Todo el talento para un hábil organizador se reduce a servirse inteligentemente de ese motor poderosísimo. Y de aquí la necesidad de dar el mayor confortable posible a los visitantes del salón.

Patio espacioso en que poder descansar del calor excesivo que sofoca en el interior, música, facilidad de procurarse refrescos, ligeras colaciones, cigarros, etc.

De allí también la necesidad de anticipar la fecha anual de la apertura. Con el advenimiento de la primavera, la Quinta Normal es más bella y atrayente de Octubre a Noviembre que en el mes actualmente en curso. Los calores son ya demasiado fuertes, y el verde que domina por todas partes alcanza a ser monótono y hasta desagradable.

Esto sin contar con los violentos ataques a la vista de ese estacco de un blanco desesperante con que fué afrentado el edificio del Museo de ciencias naturales.

Los actuales directores de Bellas Artes, por más entusiastas que sean, no pueden dar a esos y otros detalles toda la importancia que tienen, ocupados como están cada uno de ellos, en lo que constituye su especialidad, la esfera de acción ordinaria de sus vidas.

Por lo mismo, conviene que en la próxima renovación de Directorio, se conserve a los más asiduos y competentes, y se reemplace por artistas de profesión, a aquellos cuyas ocupaciones corrientes les impiden asistir con regularidad a las sesiones. Nosotros que hemos formado parte de aquél, que nos retiramos voluntariamente y que no tenemos ni la pretensión ni el deseo de ingresar allí de nuevo, podemos decirlo en voz alta: los intereses de la buena administración reclaman la adjucción de directores artistas.

El artista tiene para ese puesto estas tres ventajas: sus conocimientos técnicos, el roce constante con sus compañeros, una responsabilidad mucho mayor ante ellos que la de cualquiera persona que no sea de la profesión.

No necesitamos decir que los ejemplos de lo que ha pasado y sigue pasando en las naciones del viejo mundo, vienen en nuestro apoyo, y esto es demasiado sabido.

Por otra parte, si es natural que del abogado y el médico al zapatero, del ingeniero y del militar al sastre, todos los individuos sean regidos por los suyos, otro tanto debe pasar con los artistas. Y no se nos diga esa especie tan vulgarmente repetida de que los artistas son excepcionalmente discolors. Los artistas son hombres de pasiones como todos los demás, y, al menos en Chile, no nos hemos tirado nunca los platos a la cabeza, como hemos visto hacerlo a abogados, médicos, municipales, diputados y hasta senadores de la República.

En los premios del «Salón» actual se han notado algunas disidencias importantes entre los jurados artistas y los nombrados por la comisión directiva entre sus propios miembros.

Así, por ejemplo, el joven escultor don Arturo Blanco ha sido privado de una medalla que, a juicio de los artistas, era de las más merecidas, por la oposición de los directores.

En el premio de honor del «Salón», al revés, los artistas se abstuvieron o emitieron ideas en contra; los directores votaron por unanimidad. Y nótese bien: todos los artistas dieron con agrado y convicción su voto por la primera medalla al se-

ñor Casanova; no había, pues, sino simpatías a su favor. ¿Cuál fué, entonces, el motivo del desacuerdo? El que los directores no pensaron en las tradiciones de ese premio, y los artistas, como mejor instruidos y más interesados, las tuvieron muy presentes.

En efecto, esa alta recompensa se había dejado sólo para casos extraordinarios, y no se ha dado casi nunca. Para acordarla se requería, a más de una obra importante, bien acertada, el que el autor fuera de aquellos cuyas producciones anteriores acreditaran su personalidad original y su ciencia.

El premio de honor se miraba como un diploma especial de competencia, como la consagración del maestro.

He aquí por qué los artistas, amigos todos del señor Casanova, no la votamos creyendo y deseando ser consecuentes con el pasado. Y el exceso de celo de los directores no habrá producido otro efecto que el de suscitar algunos celos y el de privar al autor en el porvenir (no puede darse dos veces una medalla de igual categoría) de obtener ese gran premio con el voto y aplauso de sus colegas.

Pasando ahora de los premios al conjunto del «Salón», nos es grato reconocer que el aspecto general es de lo más satisfactorios y que el nivel de la pintura chilena ha subido de una manera considerable y a todas luces visible.

Hay, empero, un punto negro que nos inquieta; la ausencia casi absoluta de cuadros de figuras.

En efecto, la exposición de este año lo es sólo de marinas y paisajes. Hasta el retrato escasea; y salvo dos ó tres pequeños ensayos de la juventud, no encontramos más que una sola composición, la «Dispensaria» del señor Valenzuela Llanos.

Decididos partidarios de su vigoroso talento, le vimos con inquietud abandonar el campo de sus anteriores producciones, el paisaje, para medir sus fuerzas en una composición de figuras de grandes dificultades. El resultado no ha sido completo; pero es, a nuestro juicio, mucho mayor de lo que el público parece creer.

De todos modos, es el único cuadro de figuras del salón y es preciso alentar ese esfuerzo, si no queremos ver la escuela chilena condenada a vivir sólo en los géneros inferiores de la pintura. Es ello tanto más necesario cuanto que esos esfuerzos se hacen aquí a pura pérdida, bajo el punto de vista de la especulación. En Chile, sensible es decirlo, el cuadro de figuras no es comercial. Y esto, no porque no interese y agrade, sino porque los precios ofrecidos al artista, apenas si alcanzan a cubrir sus gastos.

Habiendo abogado hace algún tiempo en el seno del Directorio de Bellas Artes a favor de estas ideas, hemos creído después, de nuestro estricto deber, no exhibir cuadros de figuras en el «Salón», a fin de que nuestras opiniones no puedan ser tachadas de interés personal; y ahora, después de tres «Salones» en que hemos seguido esta conducta invariable, es la primera vez que levantamos la voz para abordar estas cuestiones.

El caso es grave y las medidas que han de tomarse para conjurar el peligro son urgentes. Si el directorio continuara desentendiéndose en esa materia, estimamos que le incumbiría una gran responsabilidad ante el porvenir del arte nacional.

Por lo demás, lo que conviene estimular en los torneos artísticos, son las revelaciones de los temperamentos espontáneos y los grandes esfuerzos, esto es, el talento natural y la estudiosidad perseverante.

Sin lo uno ni lo otro, sólo se producen obras insignificantes y efímeras, buenas a lo más para despertar los entusiasmos de familia. Con sólo el talento ó con sólo el estudio se producen obras interesantes, pero incompletas. La reunión de ambas cualidades es el único generador de la verdadera obra de arte.

Para explicar la importancia decisiva del temperamento personal, que es lo que constituye la originalidad de una obra, séanos permitido recordar una anécdota elocuente.

Voltaire había reunido a varios hombres de letras para leerles su «Zaira». Entre ellos estaba Pirron. Es sabido que en la obra mencionada hay varias reminiscencias de otras notables producciones del espíritu humano. Al escuchar Pirron cada uno de estos pasajes, saludaba. Voltaire concluyó por notarlo, y, enervado al fin por esa pantomima, se dirigió a Pirron pidiéndole explicaciones. Este le contestó:

—¿Qué quiere usted? la buena crianza me obliga a saludar a mis conocidos.

En nuestro tiempo, el suave, el bondadosísimo Corot advirtió algunas veces a un discípulo, de que en sus trabajos se veía demasiado la imitación del maestro. Poco después, como el joven no se corrigiera, Corot le dijo: «Si usted no puede encontrar algo propio en su manera de sentir y de ver, me consideraré obligado a cerrarle mi puerta, porque detenerle aquí, sería engañarlo. No puede ser artista aquél que, para admirar la naturaleza, necesita pedirle sus anteojos al vecino».

Esto nos conduce a una clasificación bastante clara que puede hacerse de los hombres que manejan el pincel. Unos son artistas, otros son pin-



Bellas Artes — FLOR DE LA CAMPAÑA — Cabeza de Estudio de F. Zenizek

tores, y, en fin, otros, el mayor número, son simplemente pintadores. (?)

El elevado equilibrio de las dotes físicas, buen ojo y buena mano, con las cualidades sensitivas y cerebrales, es lo que constituye al artista verdadero. (?)

El predominio casi exclusivo de las dotes físicas es lo que forma al pintor propiamente dicho. (?)

Los demás son los pintadores. Pequeño corazón, pequeña inteligencia, mano y ojo comunes.

Ahora bien, lo que constituye la fuerza de una escuela son los dos primeros grupos; el tercero no se cuenta. Y en este sentido, las escuelas italianas y francesas, por ejemplo, toman su sello característico del predominio de los artistas: al paso que en la escuela española, los que dominan son los pintores. ¿Cuál será el porvenir de la escuela chilena? ¿En qué sentido va a desarrollarse? Sólo el tiempo dará la solución de estas cuestiones.

Entre tanto, conviene notar que las obras más

equilibradas del «Salón» son las que constituyen el variado y hermoso grupo del señor Jarpa.

Y al lado de esas obras de un artista en plena posesión de su talento, el cuadro más original, el más vibrante, el más imprevisible, el que indica el más vigoroso temperamento de artista, es «La Parra Vieja» de la señorita Celia Castro.

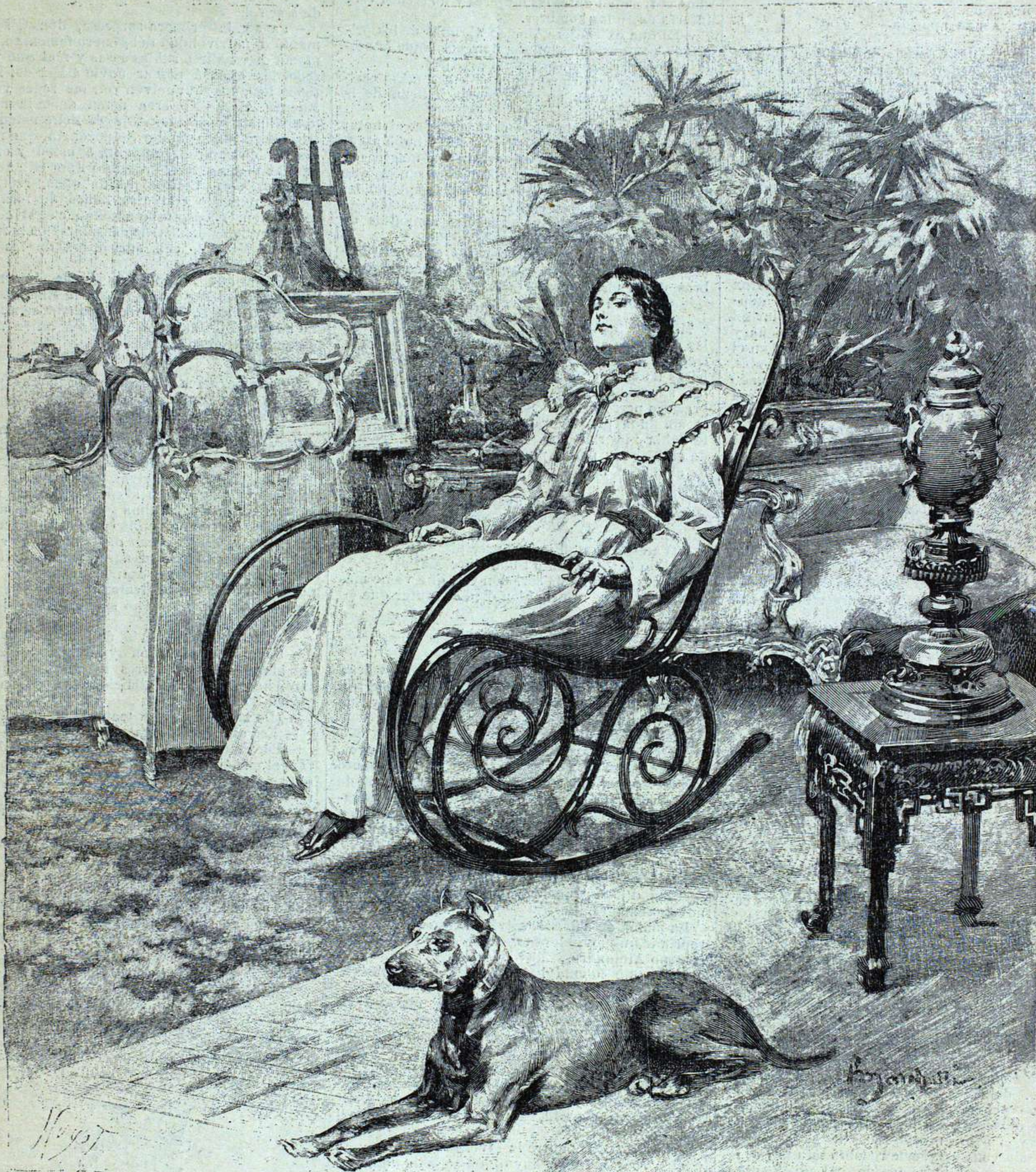
Sabemos y nos consta que muchos artistas han recibido esta obra con frialdad. Y desde luego nos apresuramos a decir que su ejecución incompleta abre ancha puerta a la crítica. Pero las cualidades de originalidad y vida que contiene ese hermoso cuadro, hacen de él una producción excepcional en nuestra escuela. Y así como no nos engañamos en vísperas de la última Exposición universal de París, en la que vimos confirmadas nuestras apreciaciones por el gran jurado internacional, que acordó una medalla a la artista, así no tememos tampoco ahora equivocarnos al aplaudir la nueva obra.

Y al hablar aquí de los temperamentos esportáneos, séanos permitido recordar al joven don Florencio Marín, la esperanza más brillante entre los paisajistas chilenos, tan prematura e inopinadamente arrancado a la vida y tal vez a la gloria.

Fuera de él, el joven que parece mejor dotado y que vemos más claro que podrá llegar a ser un artista original, es el incisivo dibujante don Pedro A. Reszka; esto, si la lucha de la vida no le hace caer los brazos antes del fin de la batalla.

Resumiendo ahora en dos palabras todas nuestras impresiones diremos que el Salón del 96 marca un paso más en el progreso general de nuestra escuela, pero que la falta de cuadros de figuras indica el principio de una enfermedad que es preciso combatir cuanto antes y con toda energía.

P. LIRA.



MARISOL

HUBO en sus labios una verdadera explosión de risas.

—¿Cómo! dijo, ¿se casa?

—Sí, señor; se casa.

—¿Y Marisol le quiere?

—Marisol es una hija obediente, tan obediente como hermosa, y no querrá contrariar los deseos de su mamá, aunque tenga que destruir las ilusiones de su alma.

—De manera que el ara santa...

—Se convierte para Marisol en ara de sacrificio.

—Y se inmolará con la sonrisa en los labios! ¡como si lo viera! pero eso no debemos tolerarlo. ¡Ah! ¡no y mil veces no! una chica tan bonita no tiene permiso de Dios ni de los hombres para entregarse a ese viejo carcamal. ¿Desde cuándo se han visto idilios entre violetas y gusanos?

—¡Bah! te advierto que ese *gusano* vuela con alas de oro...

—Pero esos *himenópteros* falsificados no tienen entrada en el reino ideal de la poesía, y fuera absurdo suponer que ninguna *violeta* que se estime en algo, pueda prestar oídos a mariposas de tal laya.

—¿Quién sabe! el corazón de la mujer es un enigma sin solución. Querer descifrarlo, es perder lastimosamente el tiempo.

—¿De manera que tú crees que Marisol...?

—Marisol sentirá instintiva repugnancia hacia ese Matusalen millonario; pero el amor filial se sobrepondrá a todo otro sentimiento, y marchará tranquila al sacrificio con la frente coronada de blancos azahares é invisibles espinas. Eso es lo que yo creo, pensando caritativamente, de Marisol; pero me guardaría muy bien de poner las manos en el fuego por ella. ¡Cáspita! ¡se da cada chasco!

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Mirame atentamente... ¿qué opinas de mi físico?

—En cuestión de estética masculina, los hombres no tenemos opinión.

—La de las mujeres hasta ahora me ha sido favorable.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Y si intentara desbancar á ese viejo necio y apoderarme por asalto del corazón de Marisol?

—Sí, pero... ¿cómo?

—Me has dicho que Marisol se va á Mar del Plata.

—Es cierto.

—A donde es probable le siga su pretendiente.

—Es más que probable: es seguro.

—Tú sabes que el romanticismo es una escuela que no pasará nunca de moda para las mujeres, á despecho de todas las revoluciones literarias.

—Vuelvo á preguntarte: bueno, ¿y qué?

—Que Marisol ha de ser romántica como todas las mujeres, á su edad,—la edad de oro de las ilusiones,—y fácil sería subyugar su espíritu forjando en torno de ella una novela de la que fuese heroína...

—¡Vamos! una heroína... *por entregas*; es decir, que poco á poco se te fuese... *entregando*.

—¡Justo!

—Renuncia á tu idea.

—¿Por qué?

—Porque es una idea descabellada.

—Lo veremos.

—Además, á ese viejo enamorado le creo muy capaz todavía de andar á cintarazos por la dama de sus transnochados pensamientos, al paso que tú careces de valor personal para meterte en tales aventuras. Tienes la irresistible hermosura varonil del burlador de Sevilla, pero no sus bríos, y

un Tenorio cobarde pierde todo su mérito á los ojos de las mujeres.

—Mal me juzgais, don Luis.

—Porque os conozco, don Juan.

—Pues vaya una apuesta.

—Aceptada.

—Entre la juventud dorada de Mar del Plata, no han de faltar adoradores de Marisol, sobre todo si la ven surgir de las blancas espumas, radiante de hermosura, como Venus Citera.

—Vuelvo á mi muletilla: bueno, ¿y qué?

—Que apuesto doble contra sencillo á que rompo lanzas por ella con el más esforzado paladin contemporáneo que pretenda disputarme el amor de esa chica.

—¿Estás seguro de ello?

—Tan seguro, como que me llamo Juan Hines-trosa.

—Pues que el diablo te ayude.

Entre las familias aristocráticas que marcharon aquella noche á Mar del Plata, llamaba la atención, por su notable belleza, la señorita Marisol Pacheco, poco conocida de la sociedad porteña, y que fué como la aparición de un nuevo sol en el mundo elegante. De ojos intensamente azules, en los que parecía que se hubiesen refugiado aquella noche todos los resplandores del día, era imposible mirarlos un momento sin sentirse subyugados por su divino encanto. Sus labios, rojos y húmedos, contrastaban con la blancura de nieve de su tez aterciopelada, y sus cabellos, sedosos y rubios, brillaban sobre su tersa frente como regia corona de oro ceñida á ella por las Gracias. Acompañábala una señora de venerable aspecto, en cuya cabeza, aun hermosa, había caído ya la nieve de muchos inviernos...

—¿Crees que irá? dijo de pronto Marisol á su compañera, estremeciéndose ligeramente y con expresión de visible contrariedad.

—¿Linda pregunta! contestó la interpelada, haciendo un gracioso mohín con los labios: ¿cómo puede vivir sin ti?

La joven suspiró.

—Parece, continuó la señora de edad, que no era otra que la mamá de Marisol; que no te sientes muy feliz con los amables galanteos de tu futuro... y haces mal, ¡vaya si haces mal! Verdad que don Gil no se encuentra ya en los verdos de la juventud, ni mucho menos; pero si esto, físicamente, es una desventaja, en cambio no habrá temor de que su fidelidad peligre, porque el amor no gusta de disparar las encendidas flechas de su carcaj contra los que peinan canas.

La joven volvió á suspirar.

—Nadie te disputará su cariño, continuó, implacable, la mamá, y tu corazón no se verá expuesto á que se arrojen sobre él los buitres de los celos... porque tú no sabes lo que son los celos.

—Ni es fácil que lo sepa nunca, si me caso con don Gil, observó, con sonrisa burlona, Marisol.

—¿Un suplicio horrible, hija! continuó la mamá, sin hacer caso de la observación de la joven. Tu padre, que esté en gloria, era joven y hermoso al darme su mano al pie de los altares, y sabe Dios cuántos sufrí, y cuánto lloré mi inexperiencia al unir mi suerte con la suya. ¡En plena luna de miel se le enfermaban... los amigos! y de tal gravedad, que tenía que abandonar el tálamo nupcial para acudir al lecho... del dolor. El juraba y perjuraba que estaba ciego por mí y poco faltó para que le sacara... los ojos, para dar visos de verdad á su aserto. En fin, el pobre murió, ¡Dios le haya perdonado! y sólo con su muerte recobré mi espíritu la calma. Si yo me hubiera casado con un hombre como don Gil, á buen seguro que mi vida habría sido otra. Porque no es probable que á don Gil, cuando se case, se le enfermen tan desconsideradamente los amigos.

—Si, pero don Gil es muy viejo, mamá, exclamó Marisol con aire compungido.

—¡Viejo! ¡viejo! repitió la mamá con gesto avinagrado; no es tan viejo, mujer; cumplirá sesenta el día de la Ascension... que no es seguramente la de sus ilusiones. Más viejo es don Nicomedes, ese otro pretendiente á tu mano blanca.

—Dices bien, exclamó Marisol sonriendo irónicamente; don Nicomedes es más viejo, mucho más viejo... ¡como que puede figurar ya entre nuestros antepasados!

—Esa gracia no es tuya... es de ese desvergonzado de tu primo, y haces mal en repetir sus majaderías. Yo sé por qué Alejandro le dice; porque está enamorado como un borrico de tus encantos y le escuece que otro se acerque á ti.

—¡Pero, mamá!

—¡Clarito! ¡si es la verdad! ¿pues no se ha empeñado también en ir á Mar del Plata, para no dejarte á sol ni á sombra? Pero buen chasco se lleva, si sigue portándose con tanta informalidad; á las primeras de cambio le hago echar de allí, para escarmiento de necios.

Ya en Mar del Plata, Marisol y su mamá se instalaron en un elegante *chalet*, no lejos de la playa, donde permanecieron los primeros días casi siempre encerradas, como si trataran de evitar todo roce social. Exigencias, probablemente, de don Gil.

Sólo se dejaban ver por la tarde, á la caída del sol, junto al rumoroso mar, y escusado parece añadir que la presencia de la joven despertó vivísima curiosidad entre las mujeres y no menos vivo interés entre los hombres.

—Es una extranjera, decían algunas de las primeras, con gesto desdenoso, no recordando haberla visto en los salones de Buenos Aires.

—Una flor exótica, agregaban otras, más caritativas é ingenuas en reconocer la belleza de la aludida.

Las mamás se alarmaron en grande, al notar los irresistibles encantos de Marisol, y hubo alguna que empezó á poner en tortura su imagin, en busca de argumento para una novela, en la que la bella desconocida desempeñara un papel no del todo á propósito para cautivar la estimación de las personas decentes y atraer las simpatías de los solteros sin segunda intención.

Y la palabra *aventurera* no tardó en arrastrarse como venenosa vibora entre la hojarasca de palabras de la chismografía social.

Mientras tanto, Marisol ignoraba por completo las infamias que se tramaban á su alrededor. Entregada á sus penosos pensamientos, pasábale las horas muertas en su precioso gabinetito del *chalet*, sin más compañía que la de su leal *Neron*, precioso perro del que no había querido separarse, sin duda porque era quizá el único ser que se le había mostrado fiel. A veces Marisol trataba de olvidar sus penas, pintando, pues era aficionada al arte y no carecía de condiciones para sobresalir en él.

Un día, cuando más abstraída estaba en sus reflexiones, se presentó su mamá con el rostro radiante de alegría.

—¡Ya está aquí! dijo con precipitación.

—¿Don Gil? preguntó tíbiamente Marisol.

—¿Pues quién ha de ser! don Gil, que viene más enamorado que nunca; bien dice el cantar que

ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Porque la verdad es que viene hecho un volcán en erupción. Pero... ¿qué es eso? ¿no te alegras, Marisol? ¡vaya unas novias las de hoy día! ¡ya no se sabe amar!

—¡Pero, mamá!

—Es necesario que compongas ese rostro... ¡pronto! ¡pronto! con esa cara de viernes santo vas á asustar á don Gil y me acreditarás de mentirosa, porque acabo de decirle que le esperabas con amorosa impaciencia. Vamos, hija, ten más seso. Don Gil vendrá á buscarnos para dar un paseo por la Rambla...

Un gruñido sordo de *Neron* interrumpió la verbosidad de la buena señora.

—Tía, dijo al mismo tiempo una voz afeminada; novela tenemos.

La mamá de Marisol volvió el rostro y no pudo reprimir un movimiento de disgusto, al ver á su sobrino Alejandro.

—¿De qué novela habla usted, señor sobrino? preguntó, frunciendo el ceño.

—¡Pues! contestó con volubilidad el joven; de una novela llena de interés dramático, en la que mi hermosa prima Marisol desempeña el principal papel.

—¿Yo? dijo sorprendida Marisol.

—Usted, señorita prima, contestó Alejandro, cuyos ojos se animaron con maliciosa expresión.

—Explíquese usted, caballero, exclamó Marisol con sequedad.

—Voy al grano: entre la juventud elegante que puebla *Bristol Hotel*, hay quien se jacta de haber obtenido los favores de usted.

—Quien tal ha dicho ha mentido como un miserable, exclamó Marisol, pálida como la cera y con fiera altivez.

—Y no es eso lo peor: lo peor es que don Gil estaba presente.

La mamá de Marisol abrió desmesuradamente los ojos y quedó como petrificada.

—Y don Gil, ¿no ha castigado al infame que así arrastra mi honra por el lodo?

—¡Bah! don Gil no ha dicho esta boca es mía; lo único que ha hecho, es un gesto expresivo, como si acabara de morder un limón agrio.

—En suma: que no ha habido entre ustedes un caballero que abofeteara al vil calumniador, exclamó Marisol, indignada.

—Pues en eso se equivoca usted, hermosa prima; porque no ha faltado una mano que cayera pesadamente sobre la mejilla del presuntuoso galán, enrojeciéndola.

—¿Es verdad lo que dice usted, Alejandro?

—Tan verdad como el evangelio; como es verdad también que en estos momentos están batiéndose por usted. ¡Demonio! ¡qué prisa por agujerearse el pellejo!

—¿Dios mío! ¿y quién es el generoso joven que así expone su vida en defensa de mi honra?

—Juan Hines-trosa.

—¡El! murmuró Marisol.

Y luego añadió para sí:

—¿Cuán mal he hecho en desairarle! Pero yo no puedo permitir que muera por mi causa, agregó, en alta voz.

—¡Bah! sería tarde, observó Alejandro; estaban convencidísimos de que los dos no cabían en el

mundo... ¡tan pequeño es el mundo! y dispuesto, por ende, cada cual, á quitar estorbos de su lado.

—Pero... ¿y don Gil? preguntó por fin la mamá de Marisol.

—Pasada la primera sorpresa, don Gil se lamentó de la friolidad del género femenino, con la mamá de esas tres rubias sosas y feas que vienen todos los años á pescar novio á Mar del Plata y todos los años se vuelven con las redes vacías á Buenos Aires—No crea usted, decía la mamá á don Gil; sin ir más lejos, aquí tiene usted á esos tres ángeles de candor é inocencia, que no titubearían en amar eternamente á usted y en darle su mano—¿Las tres? preguntó don Gil, abriendo tamaños ojos—Cualquiera de ellas, rectificó la mamá, mirando con ojos llenos de ternura al Matusalen. Y ¡cáspita! ó mucho me equivoco ó no está muy lejos don Gil de consolarse de la infidelidad de Marisol, con cualquiera de las *Tres... Desgracias*.

—¡Antes que falte á la fe jurada, le arrancaré los ojos! gritó, furiosa, la mamá de Marisol.

—Sería inútil, dijo ésta, irguiéndose altiva: yo no admitiré jamás como marido á quien no supo defenderme como caballero.

Cuéntame, cuéntame, decía algun tiempo después á Juan Hines-trosa, su amigo Luis; yo te creía casado ya con Marisol.

—Pues ya ves cómo te equivocas. Y es una lástima, porque estaba verdaderamente prendado de ella y era segura su conquista, después de mi lance con aquel bellaco de mi rival. ¡Con qué suprema alegría me vió llegar vivo al *chalet*, llamado por ella misma!—Es usted un alma generosa, me dijo tendiéndome la mano, en la que imprimí un respetuoso beso.—No he hecho más que cumplir con mi deber, señorita, me apresuré á contestar con modestia. En suma, desde aquel momento me fué permitido frecuentar su trato, no muy á gusto de la mamá de la chica, que no se consolaba de la desaparición de don Gil.

—¿Don Gil desapareció de Mar del Plata?

—Como por escotillón y su *eclipse* coincidió con el de una de las tres hermanas rubias que tanto han llamado la atención en aquel balneario, por su fealdad.

—¿De manera que se trata de un rapto?

—Eso es!... ¡de locura!

—Pero todavía no me explicó tu rasgo de valor. Tú, el más pusilánime de los hombres, poniéndote frente á frente, en el campo del honor, con un rival que goza fama de espadachín!

—Lo que quiere decir que has perdido la apuesta.

—Pues bien, confieso que estaba engañado y pagaré esa apuesta con mucho gusto, el día que te cases con Marisol.

—¡Bah! Marisol no se casa ya conmigo; tiene la firme resolución de entrar en un convento.

—¿Que no se casa contigo? ¿por qué?

—La culpa es de ese maldito primo, á quien lleve el diablo, que descubrió á Marisol mis intenciones y le presentó pruebas, que yo no pude negar, porque mediaban cartas imprudentes que compró á peso de oro, de que aquel duelo...

—¿Qué? ¿acaba!

—Había sido simulado.

CASIMIRO PRIETO.

Enero de 1897.



UNA EXPIACIÓN

I

HACIA más de doce años que Roque vivía con su hija en la vieja y ruinosa torre que se alzaba con apariencias de esqueleto, entre los términos municipales de Villanueva de tal y Villanueva de cual. Roque, cuando lo conocimos, había cumplido setenta años; era alto, flaco, arrugado, con tanto pelo en la cara, cuanto le faltaba en la cabeza; quería á su hija con delirio, comía poco, hablaba menos y dormía menos aún; cuando miraba á su hija se traslucía en sus ojos algo así como unas llamaradas de ira, seguidas de dos gruesas lágrimas que corrían por surcos ya abiertos en unas mejillas pálidas y abotagadas.

Estas miradas, el suspiro que Roque lanzaba después, y un ¡hija mía! pronunciado en angustiado acento, constituían la mayor parte de su escaso lenguaje.

Isabel, su hija, tenía veintidós años; muchacha hermosa, sencilla, modesta, de pelo castaño, de ojos lánguidos muy lindos é interesantes, y boca más linda todavía, que pasaba la vida al lado de su padre, sin otro deseo que cuidarle mucho, y sin otro anhelo que hacerle olvidar, cuando lo veía triste, la causa de su tristeza.

II

Roque se moría.

La temblorosa luz de un negro candel de hierro luchaba con las sombras repartidas por el ruín cuarto donde el enfermo agonizaba. Un jergón de paja impedía difícilmente que llegaran a ponerse en contacto con el suelo los miserables huesos del viejo que con sus manos trémulas oprimía un crucifijo de madera.

Isabel lloraba en silencio junto al lecho del moribundo.

En el campo la tempestad se desencadenaba furiosa; el viento, quebrándose en las esquinas angostas de las rocas vecinas, rugía; las nubes dejaban caer torrentes de agua sobre la tierra, y, ya ahora, ya luego, el siniestro brillar del relámpago y el crujir pavoroso del trueno llenaban el espacio. Y aquí el árbol que se desgaja y allá la peña que a impulso del huracán rueda en espantosa caída, y al otro lado el rayo que aniquila ó la casa que se hunde...

Sólo la cruz, la cruz de piedra, golpeada arrebataadamente por el ciego farolillo de cristales rotos y armadura jorobada, permanece firme, indiferente y quieta, en medio de aquella salvaje armonía, sobre sus tres escalones carcomidos...

El estertor que hervía en el pecho de Roque, aumentaba á medida que la tempestad crecía; el viejo abrió un instante los ojos para mirar á su hija, suspiró como siempre y con voz angustiosa balbuceó:

—Isabel... me muero!

—Padre!

—Me muero, hija mía. Pero creo que Dios me da alientos antes de morir para hacer mi última confesión.

—En esta noche... la tempestad... un sacerdote...

—No con un sacerdote—siguió difícilmente el anciano;—contigo, Isabel. Me confesaré á ti, porque Dios quiere que acabe de descargar este peso que me oprime el alma... Ya el señor cura lo sabe... Yo muero resignado, hija mía; muero como cristiano.

—Padre! repitió la joven entre sollozos.

—Aprovechemos el tiempo, Isabel: escucha, hija mía... te interesa tanto!... tanto! Oye lo que tengo que decirte, y que por miedo... por miedo, no te he revelado hasta ahora, que la muerte viene á acariciarme con su mano de hielo...

—Le hará daño hablar, padre...

—¿Daño?... ¡No! El alma es el alma y se va y no vuelve; al cuerpo importan poco unas horas más de vida... Voy á empezar, Isabel: ¡yo he sido muy malo, hija mía, muy malo! ya lo sabes; he sido ladrón, y la justicia humana me dejó libre porque era rico... con el dinero que robé...

—No piense en eso, padre; ya pasó, y...

—Y ahora es preciso recordarlo. Un hecho nada más, Isabel, uno solo... es la historia de tu madre.

—¿Dios mío!

—Atacamos la quinta por la noche... perdóname, Isabel... éramos ocho, y en la casa, un hombre, dos señoras y un niño. ¡Qué desastre! Todo se hizo añicos! el hombre, y el niño, y una de las señoras, muertos... La otra, la joven, yo la arrebaté; la escondí en esa torre, y estuvo enferma, triste... pesaba sobre ella la historia de un dolor, de una pena infinita!... Naciste tú, Isabel, en una noche como ésta: noche en que los elementos luchaban furiosos.

El moribundo calló; su hija lloraba; la tormenta seguía terrible llenando el espacio con sus fragores.

—Tu pobre madre convalecía, pero otro mal, mucho más grave que el anterior, había hecho presa en su alma... Se volvió loca... Un día vine á casa y no la encontré en ella; la busqué por todas partes en vano, y al otro día, ¡oh! al otro día hallé su cadáver en el campo...

Muchos años después dejé mi vida de bandido.

Un sacerdote oyó la confesión de mis extravíos, y me mandó vivir aquí... en esta misma torre sombría donde el crimen se albergó por tanto tiempo... y me hizo construir la cruz de piedra que hay en la explanada frente á la torre, en el mismo lugar donde apareció el cadáver de tu madre... ¡Allí debía ir yo todas las noches á rezar por su alma!

Isabel permanecía en silencio, suspiraba y gemía dolorosamente.

III

Roque, en los postreros instantes de su vida, que sin duda precipitó el esfuerzo que había hecho, pudo llevar el crucifijo á sus labios cárdenos y besarlo con ansia. Su hija, inmóvil, con la mirada vaga y perdida en las sombras dudosas que reinaban en el fatídico antro á que iba á llegar la muerte un instante después se estremecía en fatigosa convulsión.

El viejo lanzó un grito sordo, arrastrado, tembloroso, cuyo último eco acoge el tableteo de un trueno áspero, y espiró pronunciando levemente el nombre de Jesús...

Isabel, al escuchar la espantosa voz de las nubes, contestó con un alarido estridente y sin expresión: llevose á la frente las manos pálidas y contraídas, y salió en insensata carrera corriendo... corriendo... y dando gritos salvajes.

IV

Y al esparcir su luz el sol á la mañana siguiente por el campo, teatro ruinoso de la tormenta, mostró al cielo el cadáver desgarrado de Isabel, que yacía junto á un reguero de sangre coagulada sobre los escalones de la cruz de piedra.

Y es que al rasgar las nubes el rayo para dejar paso al alma del arrepentido, se había hecho pedazos el corazón de la pobre inocente!

JOSÉ HUERTAS LOZANO.

EL GALLO DE SÓCRATES

Criton, después de cerrar la boca y los ojos al maestro, dejó á los demás discípulos en torno del cadáver, y salió de la cárcel, dispuesto á cumplir lo más pronto posible el último encargo que Sócrates le había hecho, tal vez burla burlando, pero que él tomaba al pie de la letra en la duda de si era serio ó no era serio. Sócrates, al espirar, descubriéndose, pues ya estaba cubierto para esconder á sus discípulos el espectáculo vulgar y triste de la agonía, había dicho, y fueron sus últimas palabras.

—Criton, debemos un gallo á Esculapio; no te olvides de pagar esta deuda.—Y no habló más.

Para Criton aquella recomendación era sagrada: no quería analizar, no quería examinar si era más verosímil que Sócrates sólo hubiera querido decir un chiste, algo irónico tal vez, ó si se trataba de la última voluntad del maestro, de su último deseo. ¿No había sido siempre Sócrates, pese á la calumnia de Anito y Melito, respetuoso para con el culto popular, la religión oficial? Ciertamente les daba á los mitos (que Criton no llamaba así, por supuesto) un carácter simbólico, filosófico, muy sublime é ideal; pero entre poéticas y trascendentes paráfrasis, ello era que respetaba la fe de los griegos, la religión positiva, el culto del Estado. Bien lo demostraba un hermoso episodio de su último discurso, pues Criton notaba que Sócrates á veces, á pesar de su sistema de preguntas y repuestas, se olvidaba de sus interlocutores, y hablaba largo y tendido y muy por lo florido.

Había pintado las maravillas del otro mundo con pormenores topográficos que más tenían de tradicional imaginación que de rigurosa dialéctica y austera filosofía.

Y Sócrates no había dicho que él no creyese en todo aquello, aunque tampoco afirmaba la realidad de lo descrito con la obstinada seguridad de un fanático; pero esto no era de extrañar en quien, aun respecto de las propias ideas, como las que había expuesto para defender la inmortalidad del alma, admitía, con abnegación de las ilusiones y de orgullo, la posibilidad metafísica de que las cosas no fueran como él se las figuraba. En fin, que Criton no creía contradecir el sistema ni la conducta del maestro, buscando cuanto antes un gallo para ofrecérselo al dios de la medicina.

Como si la Providencia anduviera en el ajo, en cuanto Criton se alejó unos cien pasos de la prisión de Sócrates, vió, sobre una tapia, en una especie de plazuela solitaria, un gallo rozagante, de espléndido plumaje. Acababa de saltar desde un huerto al caballete de aquel muro, y se preparaba á saltar á la calle. Era un gallo que huía; un gallo que se emancipaba de alguna triste esclavitud.

Conoció Criton el intento del ave de corral, y esperó á que saltase á la plazuela para perseguirlo ó cojerlo. Se le había metido en la cabeza (porque el hombre, en empezando á transigir con ideas y sentimientos religiosos que no encuentran racionales, no para hasta la superstición más pueril) que el gallo aquel, y no otro, era el que Esculapio, ó sea Asclepias, quería que se le sacrificase. La casualidad del encuentro ya la achacaba Criton á voluntad de los dioses.

Al parecer el gallo no era del mismo modo de pensar; porque en cuanto notó que un hombre le perseguía, comenzó á correr, batiendo las alas y cacareando por lo bajo muy incomodado, sin duda.

Conoció el bipedo perfectamente al que le perseguía, de haberle visto no pocas veces en el huerto de su amo discutiendo sin fin acerca del amor, la elocuencia, la belleza, etc., mientras él, el gallo, seducía cien gallinas en cinco minutos, sin tanta filosofía.

«Pero buena cosa es, iba pensando el gallo, mientras corría y se disponía á volar lo que pudiera, si el peligro arreciaba; buena cosa es que estos sabios que aborrezco se han de empeñar en tenerme por suyo, contra todas las leyes naturales, que ellos debieran conocer. Bonito fuera que después de librarme de la inaguantable esclavitud en poder de me tenía Jerjias, cayera inmediatamente en poder de ese pobre diablo, pensador de segunda mano y mucho menos divertido que el parlanchín de mi amo.»

Corría el gallo y le iba á los alcances el filósofo. Cuando ya iba echarle mano, el gallo batió las alas, y, dígame de un vuelo, dígame de un brinco, se puso, por esfuerzo supremo del pánico, encima de la cabeza de una estatua que representaba nada menos que á Minerva.

—¡Oh gallo irreverente!—gritó el filósofo, ya fanático inquisitorial, y perdónese el anacronismo.—Y callando con un sofisma pseudopiadoso los gritos de la honrada conciencia *natural* que le decía: «no robes ese gallo»; pensó: «Ahora si que por el sacrilegio, mereces la muerte. Serás mío, irás al sacrificio.»

Y el filósofo se ponía de puntillas, se estiraba cuanto podía, daba saltos cortos, ridículos; pero todo en vano.

—¡Oh filósofo idealista, de imitación!—dijo el gallo en griego digno del mismo Jerjias:—no te molestes, no volarás ni lo que vuela el gallo. ¿Qué? ¿Te espanta que ya sepa hablar? Pues ¿no me conoces? Soy el gallo del corral de Jerjias. Yo te conozco á ti. Eres una sombra. La sombra de un muerto. Es el destino de los discípulos que sobreviven á los maestros. Quedan acá, á manera de larvas, para asustar á la gente menuda. Muere el soñador inspirado y quedan los discípulos alicortos que hacen de la poética idealidad del sublime vidente, una causa más del miedo, una tristeza más para el mundo, una superstición que se petrifica.

—¡Silencio, gallo! En nombre de la idea de tu género, la naturaleza te manda que te calles.

—Yo hablo, y tú cacareas la idea. Y hablo sin permiso de la idea de mi género y por habilidad de mi individuo. De tanto oír hablar de retórica, es decir, del arte de hablar por hablar, aprendí algo del oficio.

—¿Y pagas al maestro huyendo de su lado, de jando su casa, renegando de su poder?

—Jerjias es tan loco, si bien más ameno, como tú. No se puede vivir junto á semejante hombre. Todo lo prueba y eso aturde, cansa. El que demuestra toda la vida, la deja hueca. Sater el por qué de todo, es quedarse con la geometría de las cosas y sin la sustancia de nada. Reducir el mundo á una ecuación, es dejarlo sin pies ni cabeza. Mira, vete, porque puedo estar diciéndote cosas así, setenta días con setenta noches; recuerda que soy el gallo de Jerjias el sofista.

—Bueno, pues, por sofista, por sacrilego y porque Zues lo quiere, vas á morir. ¡Date!

—¡Nones! No ha nacido el idealista de segunda mesa que me ponga la mano encima. Pero, ¿á qué viene esto? ¿Qué crueldad es esta? ¿Por qué me persigues?

—Porque Sócrates al morir me encargó que sacrificara un gallo á Esculapio, en acción de gracias, porque le daba salud verdadera, librándole, por la muerte, de todos los males.

—¿Dijo Sócrates todo eso?

—No; dijo que debíamos un gallo á Esculapio.

—De modo que lo demás te lo figuras tú.

—¿Y qué otro sentido pueden tener esas palabras?

—El más benéfico. El que no cueste sangre ni errores. Matarme á mí para contentar á un dios, en que Sócrates no creía, es ofender á Sócrates, insultar á los dioses verdaderos... y hacerme á mí, que si existo, y soy inocente, un daño incommensurable; pues no sabemos ni todo el dolor ni todo el perjuicio que puede haber en la misteriosa muerte.

—Pues Sócrates y Zeus quieren tu sacrificio.

—Repara que Sócrates habló con ironía, con la ironía serena y sin hiel del genio. Su alma grande podía, sin peligro, divertirse con el juego sublime de imaginar armónicos, la razón y los ensueños populares.

Sócrates, y todos los creadores de vida nueva espiritual, hablan por símbolos, son retóricos, cuando, familiarizados con el misterio, respetando en él lo inefable, le dan figura poética en formas infinitas.

El amor divino de lo absoluto, tiene ese modo de besar su alma.

Pero repara, cuando dejan este juego sublime y dan lecciones al mundo, cuán austeras, lacónicas, desligadas de toda inútil imagen son sus máximas y sus preceptos de moral.

—Gallos de Jerjias, calla y muere.

—Discípulo indigno, vete y calla; calla siempre. Eres el símbolo de los de tu ralea. Todos iguales. Discípulos del genio, testigos sordos y ciegos del sublime soliloquio de una conciencia superior; por ilusión suya y vuestra, creéis inmortalizar el perfume de su alma, cuando embalsamáis con drogas y por recetas, su doctrina.

Hacéis del muerto una momia, para tener un ídolo.

Petrificáis la idea, y el sutil pensamiento lo utilizáis como filo que hace correr la sangre. Si; eres símbolo de la triste humanidad sectaria. De las últimas palabras de un sabio y de un santo, sacas por primera consecuencia la sangre de un gallo. Si Sócrates hubiera nacido para confirmar las supersticiones de su pueblo, ni hubiera muerto por lo que murió, ni hubiera sido el santo de la filosofía.

Sócrates no creía en Esculapio, ni era capaz

de matar una mosca, y menos un gallo por seguirle el humor al vulgo.
—Yo á las palabras me atengo.
Date....

Criton buscó una piedra, apuntó á la cabeza, y de la cresta del gallo saltó la sangre.

El gallo de Jerjias *perdió el sentido*, y al caer, cantó por el aire, diciendo:

—¡Quiquiriqui! Cúmplase el destino; hágase en mí según la voluntad de los imbéciles.

Por la frente de jaspe de Ateneas resbalaba la sangre del gallo.

CLARÍN.

Dr. D. Wenceslao Escalante

ACTUAL MINISTRO DE HACIENDA

Si hay un ministerio de difícil desempeño, especialmente en las circunstancias actuales, es el de Hacienda. La restauración del crédito nacional, que es una labor suprema, reorganizando la renta, perfeccionando su percepción y regularizando su manejo; el arreglo de las deudas provinciales; el estudio de las necesidades de la agricultura, tan castigada en el presente año económico; y el encarrilamiento y progreso de nuestra vida industrial y el estudio detenido de nuestros grandes intereses comerciales, requieren á la par de una competencia acertada, un atento examen de las fuentes de producción, una prolija investigación de recursos, un prudente cálculo de los escollos de escuelas extremas financieras, y una entereza de ánimo que, salvando con juiciosa diplomacia las malquerencias y agasajos de intereses opositores, tante el seguro rumbo de una situación franca y resuelta en su marcha económica.

Los prolijos estudios financieros á que ha dedicado el doctor Escalante su clara inteligencia; el programa risueño que de sus labios ha brotado al teorizar ante las indagaciones de la prensa diaria, en el momento de su nombramiento de Ministro, y su desembarazada situación política, en momentos de clausurarse el Congreso, y al hacerse cargo de su alto puesto, para poner en práctica el fruto lozano del estudio científico, abonan las esperanzas de un porvenir económico lisonjero.

El doctor don Wenceslao Escalante, que nació en la ciudad de Santa Fe en 1852, y se recibió de

GALERIA DE PROCERES URUGUAYOS



EL GENERAL CESAR DIAZ

abogado en la Universidad de esta Capital, después de brillantes estudios, tiene acreditada, en su profesión forense, la valía é importancia de su labor activa, de su indiscutible preparación y de su palabra convincente y persuasiva. En su vida política, como diputado, se incorporó á la Legislatura en 1877, y llevó como Presidente de la Comisión de presupuesto, su iniciativa y dirección principal, redactando los informes de dicha comisión sobre cálculo de recursos y presupuesto de la Administración para el año 1878, así como los proyectos de *Ley de sellos*, y presupuesto para la Policía, la Beneficencia, la

Municipalidad y el Consejo de Educación; en una palabra, esos trabajos escritos, como sus informes sobre estas materias, comprendían un notable plan general de finanzas para la Provincia de Buenos Aires.

Intervino también en las discusiones de la Ley de Justicia de Paz, modificaciones al Código rural, préstamo del Banco de la Provincia, división territorial, Biblioteca Pública, impuesto de sellos, oponiéndose al aumento, etc., etc., renunciando en 5 de junio de 1878 á causa del fraude en el escrutinio de las elecciones de diputados, en cuya época fué nombrado Ministro de Hacienda é Instrucción pública por el gobierno del doctor Iriondo en Santa Fe, cuyo puesto no aceptó por razones de patriotismo enérgicamente expuestas en su nota renuncia. En 1880 tomó parte activa en la política como miembro de la comisión directiva del comité que hizo adoptar la candidatura del doctor Tejedor para la Presidencia como fórmula de conciliación de los partidos, escribiendo en este tiempo en *El Autonomista* y en *La Patria Argentina*.

En septiembre de 1886 se incorporó al Congreso Nacional como diputado por la provincia de Santa Fe, puesto que desempeñó hasta 1889 inclusive.

Fué en esta cámara el verdadero *leader* de la oposición á todas las numerosas concesiones sospechosas sobre ferrocarriles y otras materias, que se solicitaban del congreso.

Tomó una parte notable en el gran debate sobre el matrimonio civil, lo mismo que en todas las cuestiones financieras y especialmente en la que provocaron los proyectos del Ministro de Hacienda don Rufino Varela, demostrando, al par de su competencia en ellas, la precisión de sus ideas y la admirable previsión del desarrollo de los sucesos económicos.

Formó también parte principal, como presidente de la comisión de Códigos, en la reforma del proyecto de enjuiciamiento criminal y del Código de Comercio.

En septiembre de 1890 fué nombrado presidente del Banco Hipotecario Nacional, y desempeñó ese puesto hasta el 8 de abril de 1893, en que fué llamado por el presidente de la República á desempeñar la cartera del Interior, que á los pocos días abandonó volviendo á sus estudios.

Su actitud política fué la causa de que, al terminar el año de 1881, no lo reeligiese la nueva administración nacional en su puesto de catedrático de Filosofía del Colegio Nacional, concentrando



República Oriental del Uruguay — Montevideo — "LA PLAYA RAMIREZ"
(Fotog. Luis Pastorino)

do entonces en sus tareas forenses toda su actividad y aplicación, interviniendo en 1882, como individuo de la comisión directiva del Congreso Pedagógico, en que presentó sobre el tema original de la educación de la voluntad, una notable disertación.

La Facultad de Derecho nombró al doctor Escalante en 1884 profesor de la nueva cátedra de Filosofía del Derecho en reemplazo del doctor S. C. Gómez. É hizo el recién nombrado catedrático el primer programa de esta materia, explicando con elocuencia y galanura de expresión sus nuevas lecciones con originalidad de ideas y novedad en los puntos de vista de sus explicaciones.

Otros trabajos complementan los méritos literarios del doctor Escalante, y entre ellos, el elogio fúnebre del doctor Rawson, los discursos pronunciados en la inhumación de los restos de Sarmiento y Alberdi y los que, con verba y dialéctica sorprendentes, pronunció, en el Congreso, sobre la ley de Bancos garantidos, sobre matrimonio civil, sobre la creación de la Escuela Agronómica, y sobre variados asuntos, que justifican las grandes aptitudes, la vasta ilustración y el claro talento del nuevo ministro de Hacienda.

Joven aún, acreditado anteriormente por sus trabajos estadísticos, y últimamente por el «Anuario Estadístico de la ciudad de Buenos Aires», justamente celebrado, tiene ante sí brillante porvenir, que le auguran sus méritos personales, su capacidad inteligente y su laboriosidad a toda prueba.

Dr. NORBERTO PIÑERO

MINISTRO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN CHILE

HOMBRE de sociedad, acreditado en el foro argentino, de espíritu reflexivo y sereno, el Dr. Norberto Piñero inicia su vida diplomática con el alto cargo que le ha conferido el gobierno argentino en el país chileno.

En el mundo intelectual, su competencia en las variadas ramas de su ilustración poco común, lo elevan del nivel general, y en las tareas forenses, a que ha dedicado gran parte de su laboriosa vida, su nombradía de distinguido penalista y de codificador estudioso, le han abierto vasto campo en su profesión de abogado.

Sólida garantía son, pues, las condiciones que adornan al Dr. Piñero, cuyo retrato va en estas páginas, para esperar el feliz éxito de sus primeros pasos en la cautelosa arena de la vida diplomática.

GENERAL URUGUAYO DON CESAR DIAZ

Nació en Montevideo el 16 de Julio de 1812, al empezar el segundo asedio que los patriotas pusieron a esta ciudad, sujeta hasta entonces al dominio de la España. Fueron sus padres don Francisco Diaz, español, y doña Felicianita Martinez, natural de Montevideo.

El 27 de Septiembre de 1827, habiendo recién cumplido quince años, entró al servicio de la República Argentina, con el despacho de alférez 2º del primer regimiento de caballería de línea del ejército nacional, que estaba en operaciones contra el Imperio del Brasil y en junio del mismo año pasó agregado al batallón 4º de infantería de línea, que estaba de guarnición en Buenos Aires.



República Argentina — La Plata — PALACIO DE LA LEGISLATURA
(Fotog. E. C. Moody)

ALBERTO B. MARTINEZ

SUB SECRETARIO DEL MINISTERIO DE HACIENDA

HAY hombres que, a pesar de las exigencias de la política, de las influencias en juego, de los pretendientes al cargo que ocupan, permanecen invariablemente, viendo cambiar ministros, y modificarse sistemas y procedimientos, en los variados rumbos de la administración.

Es que su puesto es de labor ruda, de competencia adquirida en el fatigoso trabajo emprendido con abnegación y entusiasmo: por eso son insustituibles, y por eso suben y bajan ministros y cambian presidencias y giros políticos y todo el peso material de la tarea causadora, cae sobre ellos.

Alberto B. Martinez es de éstos: sub-secretario del Ministerio de Hacienda, desde el gobierno del Dr. Sáenz Peña, su asiduidad y aplicación en las difíciles cuestiones administrativas, han puesto de relieve sus excepcionales cualidades, y rodeado su nombre del justo prestigio de que goza.

La vida pública del Dr. Norberto Piñero empieza desde que ejerció el cargo de secretario con el Dr. Leopoldo Basabilbaso, interventor nombrado para la provincia de Corrientes, prestando su cooperación eficaz y activa en dicha misión política, y la ha coronado en la reciente intervención de la provincia de San Luis, que ha llevado a cabo con unánime aplauso e imparcialidad notoria.

Dilatado campo de acción se ofrece al nuevo ministro representante del país argentino en Chile, en su difícil puesto diplomático, en que al prudente tacto y energía, al talento sutil y al estudio observador, han de agregarse dotes especiales que salven las asperezas de la debatida discusión de límites, llevando a término feliz una cuestión prolongada con evidente perjuicio de ambos pueblos hermanos.

El joven abogado ha revelado en el foro sus conocimientos de las leyes internacionales; en la cátedra su laboriosa consagración a las fuentes de todo progreso científico, y en la vida pública y social, el exquisito trato y el cultivo de la más cultísima urbanidad, que le atraen adeptos, amistades y respeto en el círculo de sus relaciones.

Hecha la paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil, volvió a Buenos Aires a fines de noviembre con la primera división del ejército y el 6 de Febrero de 1829 fue promovido a teniente 2º, a propuesta hecha por el jefe de mi batallón, según la escala del mismo.

Asistió a las dos primeras campañas contra los generales Bustos y Quiroga, gobernador el primero de Córdoba y el segundo de La Rioja, y a las funciones de guerra que a continuación se expresan: a la batalla de San Roque, a la de la Tablada donde fué herido, y fecha 18 de Diciembre fué promovido a la clase de Ayudante Mayor del batallón Río de la Plata, que comandaba el entonces coronel don Félix Olazábal; y en 29 de Enero de 1830, a la de capitán del mismo cuerpo. En este año hizo varios destacamentos, ya en la campaña, ya de guarnición en la marina de guerra.

Obtuvo el grado de Sargento Mayor en 23 de Febrero de 1831 y la efectividad de dicho grado en 29 de Septiembre de 1832.

Tomó parte en la revolución del 11 de Octubre de 1833, en sostén del gobierno legal del general Balcarce, y se halló en la acción del Molino, pe-

queño combate dado contra las gentes de Rosas, cerca del Arroyo de Maldonado, mandando accidentalmente en jefe el expresado batallón Río de la Plata, por lo cual se le confirió el grado de teniente coronel el 26 del mismo mes y año.

En el siguiente mes de Noviembre pasó al Estado Oriental del Uruguay con licencia por un año; y en 14 de Enero de 1835, se le expidió, á solicitud propia, su cédula de licencia y absoluta separación del servicio.

En todo este año, y en el tiempo que siguió hasta 1837, se contrajo asiduamente á ilustrar su inteligencia con todos aquellos conocimientos que le fué dado procurarse. Estudió con mucho interés y aprovechamiento la geografía, la historia y el idioma francés; y por último, hizo un nuevo y completo curso de álgebra y geometría.

El 6 de Octubre de 1838 fué reconocido é incorporado al ejército oriental, en su clase de Sargento Mayor con grado de Teniente Coronel.

En el mes de Noviembre próximo fué nombrado oficial 1º del Ministerio de la Guerra, y en este carácter ejerció las funciones de oficial mayor del mismo, hasta fin de Marzo de 1839.

Invadida la República por el ejército de Rosas, que vino mandando el general Echagüe, el gobierno le comisionó para organizar un batallón de guardia nacional en Montevideo, lo que verificó, desempeñando la mayoría del mismo hasta la conclusión de la guerra, en que, por un decreto superior, fué disuelto, quedando Díaz agregado al Estado Mayor General.

En 1840 redactó un reglamento para el ejercicio y maniobras de la infantería ligera; y el gobierno de la República, después de haberlo hecho examinar por una comisión de oficiales superiores que nombró al efecto, lo adoptó para el uso del ejército y lo mandó imprimir.

En el año 1841, organizó nuevamente el extinguido batallón de guardia nacional, cuyo mando en jefe se confirió á don Gabriel Velasco, entonces coronel licenciado del ejército, y tomó á su cargo, como en el año anterior, el desempeño de la Mayoría. El 10 de Noviembre se le concedió la propiedad de teniente coronel, con obligación de continuar sirviendo la Mayoría de la Guardia Nacional.

Seria interminable esta relación biográfica de los servicios del general Díaz, que extractamos: hizo la campaña de Entre Ríos en el ejército de la provincia de Corrientes, que mandaba el general don José M. Paz; en el asedio de Montevideo, invadida nuevamente la República en el mes de Diciembre, por el poderoso ejército, que á las órdenes del general don Manuel Oribe, envió Rosas para esclavizarla, se le encargó la creación del batallón 4º de cazadores, dándosele el mando de él y asistió á casi todos los combates, escaramuzas y acciones ocurridas.

Habiéndose organizado en Enero de 1846 una columna expedicionaria con destino al departamento del Salto, bajo el mando del coronel Pacheco y Obes, á la sazón comandante en jefe del ejército, se le confirió el mando superior de las armas en la plaza; pero no habiéndose verificado la expedición, volvió aquél á ocupar su puesto á principios del mes de Febrero; y Díaz al mando particular del batallón 4º, que siempre había conservado, siendo promovido al empleo efectivo de coronel el 14 de Febrero; y en el mismo día incorporado á la Asamblea de Notables, instituida por decreto supremo.

La revolución acaecida el 1º de Abril de 1846, lo obligó con otros de sus compañeros, á separarse temporalmente de la escena en que, por tres años consecutivos, había sustentado la independencia del país.

Ejerció la Comandancia de Marina y Capitanía del Puerto de Montevideo, desde Febrero de 1848, hasta el 20 de Julio de 1849 en que volvió nuevamente al ejército, con el cargo de comandante general de armas, que conservó hasta la conclusión de la guerra.

La alianza de Montevideo con el imperio del Brasil y las provincias argentinas Corrientes y Entre Ríos, dió por resultado la pacificación del estado. El 8 de Octubre de 1851 capituló el ejército sitiador, bajo las condiciones que los poderes aliados quisieron acordarle; y en virtud de dicha capitulación, las tropas que servían bajo sus banderas con el título de orientales, se sometieron al gobierno de la república.

Por un nuevo convenio celebrado en dicho mes de Octubre, los mismos gobiernos aliados, se obligaron á llevar sus armas contra Rosas, á la banda occidental del Plata, y á continuar su acción conjunta hasta la caída de aquel temible tirano; y las tropas orientales destinadas á representar á la República en esa alianza, que constaban de dos mil hombres, con seis piezas de artillería, fueron colocados bajo las órdenes de Díaz. Con ellos asistió á dicha campaña de Buenos Aires, desde el 4 de Diciembre de 1851, hasta el 12 de Marzo de 1852, y á la Batalla de Monte Caseros el 3 de Febrero de 1852, y en esta memorable jornada, tuvo el honor de mandar el ala izquierda del grande ejército aliado.

El gobierno oriental, por su parte, lo elevó á la clase de oficial general, con fecha 11 del mismo mes, concediéndole además el goce de una medalla de oro de honor.

De regreso á Montevideo, por decreto de catorce

de Marzo; fué nombrado ministro secretario de estado en los departamentos de guerra y marina, cargo que renunció con fecha 2 de Junio del mismo, pasando al estado mayor.

En Noviembre de 1853 fué nombrado el general Díaz, encargado de negocios y cónsul general cerca del gobierno argentino, cuya misión tuvo que demorar á consecuencia de tener que ausentarse el general Venancio Flores á campaña y delegar en él, el gobierno provisional, quedando el general Díaz, en ese cargo hasta el 12 de Enero de 1854 en que Flores regresó.

Se trasladó en Junio del mismo á la República Argentina en su carácter diplomático, pero en Agosto de 1855 recibió orden de su gobierno para que regresase, con motivo de una revolución que se tramaba contra él, y la que estalló pocos momentos antes de su llegada, que ya se había anunciado; siendo encabezada por don José M. Muñoz y el coronel Batlle.

Con este motivo se ofreció á ver al general Flores para pedirle desistiese de la lucha civil á que se preparaba, y acto continuo salió en su busca alcanzándole en «Las Piedras».

Pero después de una larga conferencia, no pudiendo arribar á nada regresó á Montevideo con el propósito de embarcarse para Buenos Aires, á continuar su misión diplomática, cuyo viaje efectuó en los primeros días de Septiembre, permaneciendo en la República Argentina, en ese carácter, hasta el 30 de Enero de 1856, en cuya fecha volvió á Montevideo para renunciar á su empleo, á pesar de resistirse á aceptarla su gobierno.

Pero á consecuencia de los disturbios que causó esa elección, y de la cual se dió por electo á Pereira, el general Díaz fué desterrado á Buenos Aires.

Había hecho la firme resolución de no mezclarse en las cuestiones políticas de su país.

Mas el gobierno de Pereira, encadenó la prensa, haciéndola callar. Prohibió las asociaciones, disolvió los clubs y desterró á los que figuraban en ellos. El general Díaz fué incluido entre éstos y deportado nuevamente á Buenos Aires el 16 de Diciembre de 1857, pero el gobierno le hizo entender en la nota que adjuntaba el pasaporte que había sido solicitado por él.

Los revolucionarios se dirigieron al general Díaz que se encontraba en Buenos Aires, para que se pusiese al frente del ejército revolucionario y éste aceptó el puesto que se le designaba, y que terminó el 28 de Enero de 1858, por encontrarse después de un mes escaso de operaciones con sólo 400 y pico de hombres y rodeado por un considerable ejército enemigo. Reunió á sus jefes para resolver lo que debía hacerse.

Unos, querían capitular; otros, morir peleando.

Se prefirió lo primero y las fuerzas revolucionarias se sometieron, y en el acto de hacerlo, el coronel don Dionisio Coronel comunicó al general Díaz, que debían ponerse en marcha con dirección al Brasil, él, el general Freire, coroneles Tajés y Martínez; comandantes Caballero, Mora, Abella y Poyo; mayores, Espinosa, Sacarello. Almada y otros; y que el capitán Alvarez estaba encargado de conducirlos.

Obedeciendo á esta orden, la comitiva se puso en marcha para el Brasil, pero recibió contra orden de regresar cuando había marchado tres leguas.

Reunidos los sometidos, el ejército emprendió marcha con todos ellos en dirección á Montevideo. En la noche del 29 anduvieron 18 leguas, de Río Negro á Yi. El día 30 como el 31 se pasó sin novedad, consintiendo á los capitulados escribir á sus familias.

El 1º de febrero á las 2 de la tarde volvió á ponerse en marcha la columna, obedeciendo órdenes que se acababan de recibir del gobierno.

A las 7 de la tarde llegó el ejército al Durazno; haciendo alto en la cumbre de una cuchilla. El general Medina formó el ejército en línea.

Inmediatamente dió orden de fusilar á los capitulados, por orden recibida de su gobierno.

Esa orden decía:

1º Deberán ser pasados por las armas los generales Díaz, Freire y los coroneles Tajés y Martínez.

2º Sufrirá la pena de muerte el mayor Freire, por haberse sublevado con parte del escuadrón de caballería.

3º Serán ejecutados todos los jefes y los ciudadanos que han levantado fuerzas contra el gobierno.

4º Serán quintados todos los oficiales de capitán abajo.

Esta orden la firmaba el presidente Pereira y su ministro Carreras.

El general Díaz fué bajado de su caballo, saqueado por la soldadesca; atado codo con codo y arrastrado al suplicio.

El general marchó al suplicio con los cabellos erizados por la cólera, y al pasar por cerca del general Medina le dijo con voz clara y alta:—General Medina! ¿qué vale ya la palabra de un general oriental?

Medina le contestó:—Vaya usted, vaya usted, general Díaz, esa es la orden del gobierno.

El general Díaz al pasar frente al batallón que mandaba Bastarrica se quitó el reloj y el retrato de su esposa, y se lo entregó á este jefe para que lo restituyera á su esposa.

Acto continuo el general Díaz, el héroe de la defensa, el militar aguerrido y de conocimientos, que había ganado sus grados en defensa de su patria y había cubierto de gloria la bandera oriental en Caseros, fué fusilado!!!

Nos parece oportuno colocar aquí un fragmento del documento importante que el brigadier general don Enrique Martínez, dirigió á los agentes extranjeros, desde el consulado de los Estados Unidos, en que estaba asilado. Esta circular fué con motivo de la capitulación y dice así:

«No pude, pues, admitir el hecho y permanecí firme en la confianza de que el general don César Díaz, mi hijo político, y sus demás compañeros de desgracia, serían respetados en sus vidas y personas, hasta tanto que la justicia no dispusiese otra cosa.

«Para pensar así, sólo tenía las razones que dejo expuestas; pero ayer vino á mis manos la carta que he depositado en las de S. E. el señor encargado de negocios de S. M. B., en que el general Díaz participa á mi familia que se ha entregado á las fuerzas del gobierno bajo la fe de una capitulación en que se prometía á los vencidos el poder pasar libremente al territorio vecino del Imperio del Brasil, otorgándoles su respectivo pasaporte.

«Esta consideración, pues, dió nuevas creces á mi confianza. La vida de esos hombres desgraciados estaba bajo la custodia, no sólo de las leyes del país, de la justicia y de la humanidad, sino también del honor nacional, empeñado en una capitulación, que, como la presente, ponía fin á una contienda civil, reservando al país la vida de seres que le son tan preciosos, como la de cada uno de aquellos bravos, cuyos nombres encierran toda una historia; la más brillante de servicios prestados á la independencia y á la libertad de este país.

Por Fiestas y Teatros



CORREN malos vientos para nuestra sección: no nos es propicia la temporada, y es inútil pretender que brote de su esterilidad, que periódicamente se produce en cada año y en esta estación estival, algún fruto de esplendente lozanía que dé tema al rebuscador cronista, para emborronar cuartillas de «cendal blancura» con rasgos y garabatos.

De fiestas, sólo nos queda el alegre recuerdo de las que pasaron: de farsa, música y comedias, la esperanza de las que se anuncian en la producción europea, cuyas primeras avanzadas en el «género chico» que darán motivo á algunos renglones de nuestra crónica, forman animado duo con las promesas de empresarios y actores para la temporada otoñal.

Y aquí paz, y después... gloria ó mortificación, según caigan las pesas: porque es mucho cuento éste de que nos guste cuanto allende los mares lleva pragmática de alegre ó novedoso, de original ó de oportuno, rayando hasta las alturas de la inspiración fecunda ó descendiendo hasta los chistes de procaz desenvoltura, que tienen razón de ser y oportunidad de aparición, en un ambiente caldeado por otras ideas y por otras aficiones, ajenas, en la generalidad de los casos, á nuestra patriarcal existencia artística, último confin de nuestros gustos, en la laboriosa vida mercantil que nos roba las horas de cada día.

Inicia nuestro público los primeros pasos en el cultivo de la literatura teatral: nos referimos al que llena las localidades, y aplaude fuera de sazón los brochazos más estupendos, ahito de impresiones intensas en la activa tarea en que lucha por la vida, y anheloso de placida reacción

en los espectáculos que se le ofrecen, *simbolo de diversión honesta* para sus cálculos íntimos, en los que no entra la emoción refinada del arte bien comprendido en la mayoría de los casos.

Quiere reír y divertirse, y hé aquí por qué *cujan* las «minúsculas producciones» del teatro por secciones, y el porqué las prefiere a dramas, tragedias, renombradas óperas y zarzuelas de corte grandioso y sabor clásico.

Piensa el honrado burgués (y valga el remedo de lenguaje socialista) que para teatro de impresiones, basta con el del mundo en que se agita, y no va en pobre compañía, si se recuerda a autores de todos los países que nos han servido el plato de *nuestras miserias sociales* robándolo de la vida real, y dando la razón al gran Bretón de los Herreros en *Todo es farsa en este mundo*, en que filosofa con donaire sin igual, coincidiendo con la opinión, no por callada, menos sentida, de los que abundan en nuestras agitaciones ambiciosas por alcanzar la meta felicísima que se escapa al deseo.

El interés y el engaño
tienen al mundo perdido,
lo mismo ogaño que antaño.

Sociedad, ¿quién no es actor
en tu voluble teatro?
y detrás de un bastidor
desempeñan más de cuatro
la plaza de a untador,
y con tanto y tanto afán,
telones vienen y van,
que acaso el que hoy es comparsa
hará mañana en la farsa
papel de primer galán.

A pesar del sofocante calor de estos últimos días, que ha alejado a numerosas familias de nuestra más brillante sociedad, esparciéndolas por los pueblecitos de los alrededores, animando a no pocas a sus excursiones balnearias en Montevideo, Mar del Plata y Necochea, aún hay público nutrido para nuestros teatros, y no es el menos favorecido el teatro San Martín, en el que la compañía Pantalena atrae a los más remisos con sus interesantes y atrayentes espectáculos.

Disfrutándose en este teatro, bien ventilado y espacioso, de un ambiente relativamente fresco, y de una interpretación escénica, digna casi siempre de aplausos y alabanzas, he aquí la explicación del *gancho* que para los aficionados teatrales tiene.

Y entre éstos nos contamos, y con ellos hemos aplaudido el acertado desempeño de *Il lampionario di Pasto*, (último drama a que alcanza nuestra crónica), del antiguo teatro napolitano, lleno de escenas muy dramáticas en que se distinguen todos los principales artistas que en ella tomaron parte, y muy especialmente el señor y la señora Scelzo, que tenían a su cargo los dos papeles protagonistas, y la pequeña Elvirita que encantó al auditorio en todas las escenas en que figuró. Otro tanto diremos de *Il regio delegato*, comedia ligera y cómica, en que el popular don Genaro y todos los demás que le acompañaron, supieron provocar el buen humor del público con su gracejo de buena ley.

Y cerraron nuestros aplausos, la felicísima impresión de la noche, con los prodigados a la encantadora niña Elvirita en *La Vigilia di Natale*, piececita escrita para ella por el fecundo comediógrafo señor Di-Napoli-Vita, en la que la precoz artista hizo una labor deliciosa y de primer orden.

Con el repertorio de las viejas zarzuelas españolas, el «Victoria» va viviendo, y atrayendo público, ya que los estrenos (algunos de producción juvenil) no da entradas, debido no poco al mayor tino y al mejor acierto con que se interpretan obras que aunque tan conocidas, no por eso son menos estimadas entre nosotros.

Pero habrá de convencerse aquella empresa de los gustos por «novedades cortas» que en nuestro público imperan, y prueba de ello es la aglomeración de espectadores en el teatro de la «Comedia», donde *El padrino del nene* atrae nutrida concurrencia noche a noche.

En la del estreno, el teatro de la calle de Artes estaba *au complet*, ya por los anuncios de su «éxito de buena ley» en la Villa del oso y del madroño, ya también por el cariño con que toda obra nueva es interpretada por Julio Ruiz y su compañía.

No habrá, quizás, en la nueva obra de Julianito Romea, grandes novedades, pero todo aquello está presentado con garbo y gracia, y marchan tan perfectamente acordes lo cómico y lo serio, que se aplaude la obra y se aplaudió con justicia a los intérpretes (que han hecho obra de varón en el feliz desempeño de la novedad teatral) Julio Ruiz y sus compañeros, señoras Rubio y Brocal y señores Reig (Luis), Carrasco (en su doble papel), Molina, Zapater, Alonso y Cardona, pues se ciñeron concienzudamente a sus respectivos papeles y supieron aportar algo, al efecto total de la representación, que fué excelente y coronada de repetidísimos bravos y palmadas. Así se hace.

Tiene la obra lo mejor, en el primer cuadro, pues el segundo es sólo de mutación (en el que se presenta una bonita decoración del exterior de la plaza de toros de Madrid); y el tercero, en una dependencia de la misma, sólo contiene la

consecuencia a modo de desenlace del primero, amenizado con varios episodios realistas de toreo, es decir, del miedo de los toreros llamados por allí «de invierno».

La música, que es del maestro Caballero, agradable y por extremo simpática, aunque no presenta las buenas proporciones del libreto, pecando de difusión en números que a ser más breves hubieran duplicado su efecto, pero que cautivan en esta temporada estéril de *vejecés de repertorio* a que los teatritos por secciones nos tenían abonados, y ha de proporcionar a la «Comedia» muy buenas entradas.

Un concierto, y aunque no tan concurrido como los amigos del viejo tenor Antón hubiesen deseado, se verificó ultimamente en beneficio de éste, en el teatro de la «Zarzuela», dando lugar a una agradabilísima velada teatral.

El beneficiado cantó con mucho acierto el dúo de «I pescatori» con el señor Abad, y «Las Ventas de Cárdenas» de Iradier, en la primera parte.

En la segunda, «Torear por lo fino» y con su esposa el dúo de «A la luz de la luna», siendo muy aplaudido.

La tiple señora Bianchi de Antón lució sus facultades vocales en la romanza de «Las hijas de Eva» y la habanera de «Niña Pancha», recibiendo afectuosas demostraciones de aprobación por parte del público.

La señora de Bonora cantó la romanza de «Lucia» y la del «Anillo de Hierro»; Astigarraga, el simpático tenor, la romanza de «Ruy Blas», Sognai y Zortzicos; el baritono señor García, «Las hijas de Eva»; Abad, un dúo con Antón y el «Adios a la patria», de Alvarez.

Los hermanos Sres. Fontova (Conrado y León) dieron brillo a la velada tocando en la segunda parte una romanza de Svenson y *Scherzo Tarentella* de Wieniamati, y en la tercera una romanza en fa de Beethoven y un *morceau* de Vieuxtemps.

Julio Ruiz innimitable en «Filippo».

También se tocó la marcha de Cádiz, coreada por todos los artistas que tomaron parte en el concierto y acompañando al violín el señor Fontova, rasgo que fué muy aplaudido.

En el «Casino» la reaparición de baritono Richard ha vuelto a dar a este teatro, la mayor animación.

La Raymond ha gustado mucho, y los Antinori, que son dos elementos muy buenos, han satisfecho a la alegre concurrencia habitual de este teatro de «ruidosas alegrías».

RENÉ.

Bibliografía

AZAHARES.—Tal es el título de unos cuantos «versos líricos» que José S. Chocano, el joven poeta peruano nos envía.

Leídos al pasar de las hojas, algunos de ellos, han entristecido nuestro ánimo; el poeta de *Iras Santas*, a pesar de sus faltas é incorrecciones que atestiguaban su juvenil edad, era tal vez, ante el benévolo juicio de los que deseamos surjan del *monton anónimo* de los aficionados literarios, en los pueblos sud-americanos, plumas de varonil estro, el que presentaba títulos de mayor garantía.

Nuestra paciencia ha agotado todas sus resistencias; hemos leído «los versos» desde el principio al final, y nuestras miradas, y nuestros recuerdos, y nuestro juicio, vuelven a la primera estrofa:

La ví y me víó, ¿Quién podría
algo más bello decir?...
Que valga esta estrofa mía
por la mejor poesía
que escriba en el porvenir.

Y vale... por todas las de la colección.

GRAN GUÍA ESTADÍSTICA SUD-AMERICANA. REFUTACIÓN, POR MANUEL ALFREDO CASAL.—Editado en Guayaquil, el folleto del Sr. Casal, es uno de tantos libros útiles, que en la biblioteca del hombre estudioso ocupan preferente lugar de consulta.

Refuta esta obra, numerosos errores de la *Gran Guía Estadística Sud-Americana*, errores y torpezas a que nos tienen acostumbrados todas las obras de carácter enciclopédico; y hace el Sr. Casal una obra meritoria, al descartar en pro de su patria, el Ecuador, cuantas equivocadas informaciones presentes y pasadas, campean en la citada obra refutada.

Sólo una advertencia: los prejuicios, las falsedades históricas, las deducciones caprichosas y los juicios aventurados, son *fruta del tiempo*. La Historia no se estudia; la Lógica permanece arrinconada en el fondo del cerebro, y cada pretensión narradora, campea viajando por América, por Europa y por el resto del mundo, por sus antojos y vanidades literarias.

Así se escribe en el siglo XIX.

PLÁCIDO.

MOSAICO

Christophersen, Hermanos.—Bajo esta nueva razón social girarán en lo sucesivo las casas que bajo el rubro de *P. Christophersen*, trabajaban en todos los negocios de esta acreditada «Agencia Marítima», en Montevideo y Rosario de Santa Fe, por motivo del fallecimiento de D. Alejandro Christophersen, cuyos hijos representan la nueva firma social, según duplicada circular que hemos recibido.

Tomamos nota y deseamos a la recién instalada razón social, prósperos resultados en sus negociaciones y tareas mercantiles.

Alumbrado por el Acetileno.—Llama clara, luz de perfecta blancura, de una fijeza absoluta sin necesidad de bombas ni tubos, es la del gas acetileno, alumbrado de novísima invención que ha de causar una verdadera revolución en la economía doméstica.

La instalación de este alumbrado se facilita por medio de aparatos de 6 hasta 500 luces, con luces para 8, 16, 20, 30 y 50 bujías, y especificación detallada de que informan en la Droguería Central, Cuyo 645, para el que la desee. Los aparatos productores que la sociedad «El Gas Acetileno», construye y coloca, no tienen rivales en Europa ni en América, por su sencillez extrema, como por la perfección de su funcionamiento. Las manos más inexpertas pueden manejarlos sin peligro alguno, con la mayor facilidad y seguramente con mucho menos peligro que una simple lámpara de kerosene; *todo el manejo se reduce a vaciar tarros y volverlos a llenar con una sustancia enteramente inofensiva, el carburo de calcio.*

El gas acetileno es no solamente un gas inocuo, pero posee todavía *cualidades antisépticas excepcionales*; un escape de este gas, por lo tanto, no ofrece los peligros de un escape de gas ordinario siempre cargado con *óxido de carbon*, cuyas propiedades venenosas son conocidas.

Prepárase el gas acetileno por *acción del agua sobre el carburo de calcio*. Esta última sustancia tiene el aspecto de un coque compacto: basta con echarla en el agua para que el gas acetileno se desprenda. Queda como residuo una lechada de cal.

Langosticida Gubba.—Ocasión tristemente oportuna para esta clase de aparatos hemos tenido en la entrada del presente verano, y por este motivo el anuncio del «Langosticida Gubba» es de actualidad palpitante, si como informan los señores A. Gubba y C^a, consiguen perfeccionar el invento ya conocido. (Véase el aviso que en otro lugar publicamos).

LAS DAMAS más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los **Polvos de Arroz** y el **Jabón Simon**, que constituyen la perfumería más higiénica y más eficaz. La **CREMA SIMON** calma muy bien los efectos de las **Picaduras de los Mosquitos**.

Verificar la marca de fábrica.
J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, Paris, y en todas las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

Nuestros Grabados

La actualidad.—Preparativos de viaje.—Dibujo de N. Granville

En grabados y en escritos, la «nota de actualidad» impresiona a lectores y curiosos: más fácil ésta, en la parte literaria, y más dificultosa aquélla, por la oportunidad del toque, y por el acierto de la escena robada al natural, pocos como N. Granville, de quien es el dibujo que nuestro grabado reproduce, reflejan con mayor gracia y precisión lo que pertenece a la comunidad que nos agita.

El calor aleja a los mimados de la fortuna de los centros populosos; campo de horizontes dilatados, verdes campiñas, follaje sombrío, playas esmaltadas por blanca espuma del rizado mar que refleja con tonos de mil colores los arboles de la aurora, el esplendente azul de un cielo diáfano, las negras nubes de una tormenta de verano.... ¡Cuánta poesía, cuánto sueño y cuánta promesa en la víspera del viaje!

Pero... queda el engorroso trabajo de los «preparativos del viaje»; maletas y baules, cajas y sombrereras, todo en confuso desorden sobre la alfombra del elegante cuartito, piden guardar los mil indispensables atavíos de la indumentaria moderna, los bibelots, abanicos, guantes, cintas, aparatito



República Argentina — La Plata — PALACIO MUNICIPAL
(Fotog. A. de C. Mir)

de fotografía instantánea, albums para vistas, y mil pequeñas frioleras que son indispensables á toda mujer hermosa, perfumados con los mil variados artículos de tocador, que son *fuera mayor* para la coquetería femenina.

Y es un fastidio arreglar todo eso! ¿Se olvidara algo? ¿Necesitará la gentil dama algo más? He aquí el asunto graciosamente tratado por el hábil dibujante.

Alrededores de Buenos Aires.—En la terraza del Tigre-Hotel

¡Qué calor! es la frase que á boca llena se escucha por todas partes: con la piel sudorosa corren los hombres de negocios á terminar sus «quehaceres» y con ligera *balijita* en la mano, véseles al caer de la tarde, encaminarse hacia la Estación Central.

Apenas saluda el viajero, á los conocidos; tras él van también animadas parejas de ambos sexos: viejos, y jóvenes, todos toman el tren, para escapar del *horno* de Buenos Aires. ¡He aquí el primer cuadro! ¿A dónde van? ¡Al Tigre!

Fresquisima brisa agita blondas y encajes en la terraza del Tigre-Hotel; los hombres graves departen tranquilamente de los asuntos políticos con risueña faz que da á sus rostros aires de *hombria*

de bien. Bellas y barbudos olvidan ante el encantador paisaje sus disturbios de la «vida de ciudad», y á los acordes de la orquesta, poetas y soñadores dejan vagar su fantasía por el mundo de los sueños, plácido el rostro, contento el ánimo, esperando el corazón y risueño el horizonte que ante su mente surge con tintas de rosa y arbol matutino. ¿Verdad que es poético el cuadro? He aquí el motivo de la página ilustrada que inspira estas líneas.

Flor de la Campaña.—Cuadro de F. Zenisek

Hermosa cabeza de campesina, la que el artista nos presenta en toda su esplendente y severa belleza: la regularidad de líneas, la expresión intensa de esa mirada profunda, la negrura de la poblada cabellera que forma marco á la artística cabeza, hacen de esta bella figura de mujer un encantador presente, que al adornar nuestras páginas, recrea el ánimo, siempre *esteta*, allá en el fondo de sus más íntimas sensaciones.

F. Zenisek, ya conocido por sus notables «cabezas de estudio» que en estas hojas ilustradas hemos reproducido varias veces, *ha sentido* esta figura, si es que no la ha transportado del original, que de ser así, debe ser de brillante y arrobadora hermosura.

República Oriental del Uruguay.—Montevideo.—La playa Ramírez

Todo es animación y vida en las playas balnearias: la fresca brisa convida en las primeras horas de la mañana y en las últimas de la tarde, á olvidar el calor sofocante de las *horas de fuego* del día estival, y la curiosidad, «arrastrando los ojos varoniles», en pos de bellas bañistas, cubre la arenosa playa de indiscretos paseantes del barbudo sexo, que estudian las bellezas esplendentes del panorama y adoran al Creador de tanta hermosura, en sus encantadoras creaciones femeninas. Tal se ve la playa Ramírez en esta caliginosa temporada en la vecina República Uruguaya.

República Argentina.—La Plata.—Palacio de la Legislatura.—La Municipalidad

Tiene fama, y bien justificada la capital de la provincia de Buenos Aires, de hermosos y elegantes edificios, y como tales van entre nuestros grabados, el *Palacio de la Legislatura* y *La Municipalidad*, objeto de estas breves líneas.

La provincia y la comuna tienen en esos dos elegantes edificios sus legales representantes, y honran las dos elegantes construcciones á la bella y hoy triste ciudad de La Plata.

HOTEL CENTRAL DE LA CONFITERÍA ORIENTAL

GREGORIO G. POLA Y C.^{IA}

239 al 247 - Calle 25 de Mayo - 239 al 247
MONTEVIDEO

Situado en el paraje más céntrico de la Capital

La casa tiene un gran **Jefe de Cocina**, alojamientos cómodos, con diarios y periódicos de todas partes, un buen piano y un servicio sin competencia.

LOS PRECIOS SON MÓDICOS

VINOS CALABRIA de CORTE

ACEITES FINOS Y DE CORTE

ÚNICO INTRODUTOR

P. GARGANO

CASA EN NICOTERA (CALABRIA)

Exposición Vinícola Italiana, Buenos Aires, 1896
Premio: Gran Medalla de Oro del Ministerio de Agricultura
Industria y Comercio de Italia

1483 - CALLE MORENO - 1483

CASILLA CORREO 1310

NEURASTENIA DE LA GUERRA

Los efectos de la guerra sobre los nervios de los que han tomado parte en ella, no han sido todavía sistemáticamente estudiados; y, sin embargo, sería un trabajo muy útil y muy necesario. La ciencia nos demuestra las perturbaciones que produce en el hombre una fuerte emoción moral, un inmediato peligro de muerte. Ella nos ofrece cientos y millares de casos en que personas salvadas de un naufragio, presenciales de un incendio ó de un accidente ferroviario, etc. han perdido la razón ó han quedado presas de graves y largas enfermedades nerviosas, á menudo incurables.

En la guerra, miles de hombres están expuestos á todas estas impresiones á la vez. Durante meses enteros los amenazan á cada paso crueles mutilaciones ó una muerte violenta; presentan con frecuencia el espectáculo de la devastación, del incendio, de las más horribles heridas y de los más espantosos hacinamientos de cadáveres; al mismo tiempo abusan enormemente de las fuerzas físicas, pues marchan hasta sucumbir, faltos además de alimento y de sueño suficiente.

¿Y se cree que ese número de acontecimientos que se suceden en la guerra, no han de influir en esos millares de hombres? No se nos diga que el soldado en campaña está acorazado contra los horrores que le rodean; lo que esto simplemente significa, es que los acontecimientos han cesado

de excitar la atención de su conciencia, sin que dejen de ser percibidos por los sentidos y los centros cerebrales, ni dejen menores huellas en el sistema nervioso. Que el soldado no sienta en el instante el profundo sacudimiento y la desorganización que ha sufrido, no prueba nada. La «historia traumática», la «médula espinal de los caminos de hierro», (*rail-way-spine*), las enfermedades nerviosas subsiguientes á un golpe moral, no aparecen tampoco, sino muchos meses después de los sucesos que los han ocasionado. Creo que no puede ponerse en duda que la guerra es una causa de histerismo en las masas y que el mayor número de soldados trae de la campaña, á pesar suyo, una vida nerviosa un poco desarreglada. Es verdad que esta afirmación se aplica menos al vencedor que al vencido, pues el triunfo es una de las más intensas fruiciones que puede experimentar el cerebro humano y la acción dinámogena de esta fruición basta para contrarrestar las influencias destructivas de las impresiones de la guerra; pero será difícil contrabalancearlas completamente y el vencedor dejará también en el campo de batalla y en el vivac, una buena porción de fuerza nerviosa y de salud moral.

El «embrutecimiento de las armas», después de cada guerra, ha llegado á ser un lugar común. Esta expresión procede de la observación de que á la raíz de una campaña, la manera de ser del pueblo se hace más brusca y más grosera y de que la estadística registra un número mayor de actos de violencia. El hecho es exacto, pero la

Bitter
SecrestatDe universal
REPUTACIONPremiado en todas
las Exposiciones
á que ha concurrido

EL CONSUMO

EN

BUENOS AIRES

PASA DE

40.000

Cajones
al añoUnicos Introdutores: W.^m PAATS y C.^o

ESCAMEZ

PIDAN
CERVEZA
BOCKRecomendada por los más
distinguidos médicos de
BUENOS AIRESComp^a Cervecería Bieckert
(LIMITADA)CERVECERÍA Y OFICINA CENTRAL
817 JUNCAL 817

TELÉFONOS

Cooperativa Telefónica, 5097
Union Telefónica, 96Premios obtenidos ultimamente
CHICAGO 1893
LA MAS ALTA RECOMPENSA
DOS PREMIOS
AMBERES 1894
GRAN DIPLOMA DE HONOR
superior á la medalla de oro

Nicolás Mihanovich

EMPRESARIO DE VAPORES Y LANCHAS DE CARGA
para todos los Puertos de la República y RíosREMOLCADORES DE GRAN PODER
PARA TODA CLASE DE CABOTAJE Y ULTRAMAR

Servicio especial en el Puerto de la Capital y Puerto de La Plata

Flota de 45 vapores y 60 buques de vela

INTRODUTOR DE CARBÓN CARDIFF MINA CORY'S MERTHYRS

Escritorio Principal—25 DE MAYO 144—Bs. Aires

ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR

TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

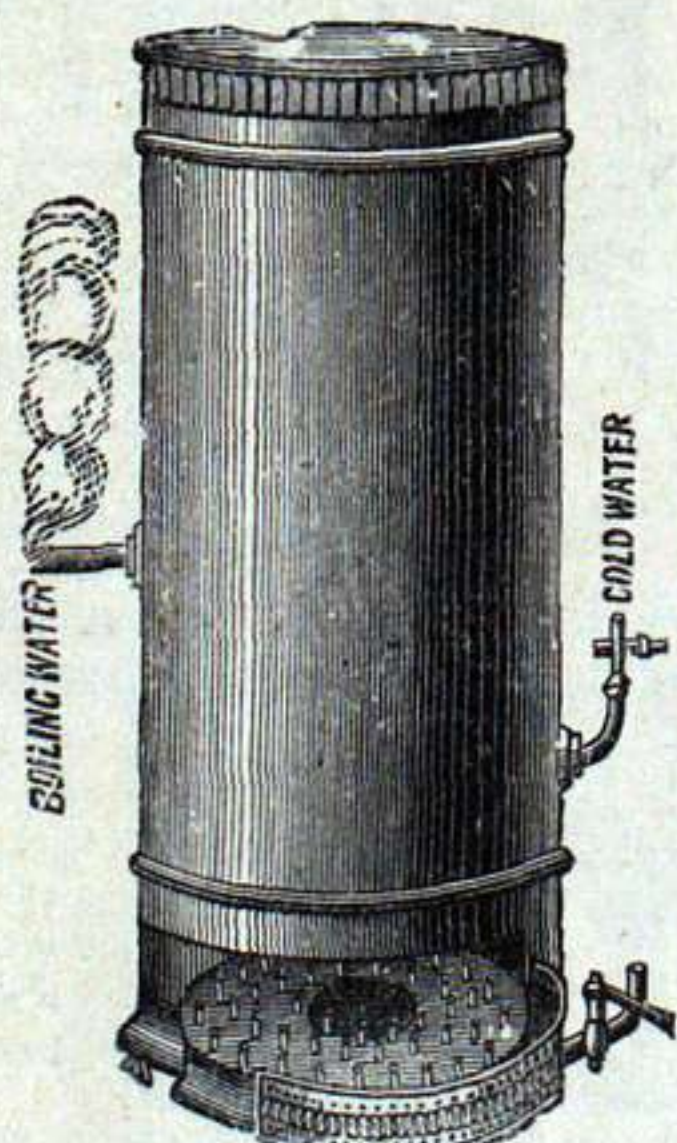
CUIDADO con las FALSIFICACIONES y los PRODUCTOS que llevan nombres parecidos á la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha de EMBOTELLAMIENTO sobre el vidrio de la botella, los corchos, las etiquetas, el cajón, &c., y á mas el nombre A. DELOR y Cia.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y Ca
MAIPÚ 918. — BUENOS AIRES.CASSELS Y C.^A

GEYSERS

Con este aparato se puede obtener instantáneamente agua caliente y suficiente para un baño, en muy pocos minutos, por medio de gas ó kerosene.

CASSELS y Cía.
664, CANGALLO

LA VELOCE

NAVEGACION ITALIANA

Servicio postal rapidísimo entre Italia y la América del Sud

Vapores de gran lujo iluminados á luz eléctrica

FLOTA DE LA COMPAÑIA

Nord-América, Savoia, Ducca di Galliera, Vittoria, Matteo Bruzzo, Duchessa di Genova, Centro-América, Sud-América, Montevideo, Città di Genova, Río Janeiro, Las Palmas, Rosario

AGENTES

P. Christophersen—BUENOS AIRES: Cuyo, 249—LA PLATA: Ensenada.
Christophersen Hnos.—MONTEVIDEO: Piedras, 142—ROSARIO: San Lorenzo, 169.
Chodowieck y Wiener—VALPARAISO: Blanco, 462.

"Un perfume exquisito"

S. A. R. la Duquesa de York.

Atkinson's White Rose

Suave y delicadamente odorífero como la misma Rosa.

El más delicioso de todos los Perfumes

Es el de ATKINSON, que es el solo verdadero y original.

Los Perfumes Ingleses de Atkinson

son mucho superiores á otros. Son verdaderos olores naturales, extraídos realmente de las flores, y no fabricados artificialmente, como lo son muchos otros, con PRODUCTOS QUÍMICOS.

OPOPONAX, FRANGIPANE, ESS. BOUQUET, HELIOTROPE, JOCKEY-CLUB y todos los olores en boga.

Desconfíese de las Imitaciones!

La autenticidad está garantida por la etiqueta y la marca de fábrica «White Rose».

Se vende en Casa de todos los perfumistas y de los Fabricantes. — J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres.

interpretación es superficial. Si el soldado al regresar a su hogar, se encoleriza más fácilmente, y llega hasta blandir el puñal, no es porque la guerra lo ha hecho más brutal, sino porque lo ha vuelto más irritable. Así, este aumento de irritabilidad no es más que una de las formas de la debilidad nerviosa.

MAX NORDAU.



GERMANDREE

Polvo de Belleza inofensivo, su finísima extrema, su adherencia absoluta y su perfume sin igual, lo colocan en el primer rango de todos los polvos de arroz. Probarlo es adoptarlo. Se encuentra en todas partes.

Mignot-Boucher-19, RUE VIVIENNE-PARIS

Avisos varios

B. MITRE Y VEDIA — Traductor público y comisionista. — Lavalle, 418. Unión Telefónica núm. 197.

MEDICOS

SANATORIUM de los doctores *Sold y Caride*. Avenida Montes de Oca, 1051. — Se admiten a pensión hombres, señoras y niños, con asistencia médica y quirúrgica. — Consultas particulares, de 2 a 3 p. m., Lima 367.

INSTITUTO Médico Homeopático y Casa de Baños de los doctores *Carrera, Leiguarda y Carrasco*. — Belgrano, 1038 al 1046.

DR. JUSTO CARLE — Enfermedades de la piel y vías urinarias. — Cerrito 38, de 1 a 3.

DR. FRANCISCO COBOS — Maipú 276, de 1 a 4.

DR. FELIPE SOLÁ — Cerrito 1330, de 1 a 4.

DR. SALVADOR BORGONDO — Enfermedades de señoras, se curan sin operaciones por un sistema especial. Curación garantida de todas las enfermedades del cutis. — Artes 210, de 10 a 12 y de 4 a 6.

DR. EDUARDO OBEJERO — Enfermedades de ojos, nariz, garganta y oídos. — Cuyo, 748, de 1 a 4.

DR. N. ODHAL, Dentista — Operaciones sin dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc. Avenida de Mayo, 1111, esquina a Lima.

ABOGADOS

DRES. RAFAEL CALZADA y FERMIN F. CALZADA — Alsina, 670, de 1 a 4.

DR. JOSÉ TARNASSI — Victoria, 442 altos, de 1 a 4.

DR. MIGUEL ORO — San Martín, 284, de 1 a 4.

DR. GENARO OSORIO — Chacabuco, 192, de 1 a 4.

FABRICA DE PERFUMERIA
DE LOS

DOS MUNDOS
F. GRANJON & C^o

Llamamos la atención de los señores comerciantes de la Campaña y peluqueros en general, sobre la conveniencia de nuestros artículos de perfumería, capaces de competir con los del extranjero, en cuanto a precio y calidad.

CALLE MONTEVIDEO 1578
BUENOS AIRES

IDEALES - La Sin Bombo - Tabaco habano - 20 centavos

MAISON DE BLANC

CASA FUNDADA EN 1885

CANGALLO Y SUIPACHA

L. Adhémar y C^{ia}

CASA DE CONFIANZA Y DE PRECIO FIJO



Casa importadora de artículos franceses e ingleses

Diálogo

—Pues mira, mi buena amiga, todos los años me hacía traer toda mi ropa de cama, de mesa y de punto, ésta última para mi esposo, mis hijos y para mí, de París y Londres, pero hoy encuentro en casa de Adhémar cuanto satisface mis deseos.

—De ahí me surto yo, y es esa casa la única en toda la República que tenga un surtido tan variado como el que ofrece en cada estación, a su numerosa clientela.



COMPAÑÍAS ARGENTINAS de SEGUROS

"LA ESTRELLA" Y "AMÉRICA"



DIRECCIÓN GENERAL

Buenos Aires—CALLE FLORIDA, 222

SEGUROS—SECCION INCENDIOS—Comprende la garantía de los riesgos de explosión de gas y de vapor y los daños causados por el rayo, aun cuando no se produzca incendio.

SECCION MARITIMA—Se asegura, en condiciones especiales, las averías particulares abriendo pólizas flotantes sobre expediciones de efectos con los puertos de los Ríos y de la República y con puertos de Ultramar, asegurando además:

Buques, animales en pie, fletes, comisiones, ganancias esperadas, etc.,

RESUMEN DEL AÑO 1895-1896

Capitales suscritos.....	\$ 1.500.000.00	Depósitos en los Bancos.....	\$ 661.302.07
Capitales realizados.....	\$ 525.000.00	Fondos Públicos y Títulos.....	\$ 42.956.90
Reservas efectivas.....	\$ 351.625.00	Prést's. comerciales y garant's.....	\$ 183.300.98

SINIESTROS PAGADOS 1895-96

Sección Incendios.....	\$ 338.732.66	Sección Incendios.....	\$ 646.856.55
Sección Marítima.....	\$ 146.417.56	Sección Marítima.....	\$ 359.949.34
	\$ 485.150.22		\$ 1.006.805.89

PREMIOS

POR MÁS INFORMES OCÚRRASE A LA DIRECCIÓN GENERAL.
EL DIRECTOR GENERAL, José Moreno.

La Nacional Talabartería, Lomillería y Curtiembre a vapor
— DE —
CASIMIRO GOMEZ y Ca.

155, CALLE BUEN ORDEN, 165, — entre las de Victoria y Alsina



Las más altas recompensas le han sido adjudicadas en todos los concursos

MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de París de 1889, por guarniciones finas en competencia con Europa y América—TRES PREMIOS en la de Chicago de 1893.

Gran surtido de guarniciones y monturas de todas clases. Especialidad en talabartería fina y artículos para viaje. Colección variada y permanente en bastos, coronas, recados sobrepuestos, fiadores y todo lo concerniente al ramo de lomillería en general.

Los encargos son despachados con prontitud por estar sus talleres montados con los elementos más modernos que se conocen. TALLERES ESPECIALES para la confección de monturas reglamentarias para el ejército argentino.

ALMIDON
MACK
de doble Fuerza

Con esta nueva preparación se plancha con sorprendente rapidez y facilidad, obteniendo un lustre y tesura extraordinaria.

Se vende en todas las Droguerías y Almacenes de Ultramarinos.

Unico Fabricante-Inventor: H. Mack, Ulm s. D.



Unicos Depositarios para el Río-de-la-Plata: STAUDT y C^a. Buenos-Aires — Rosario — Montevideo — Asunción — Genova — Manchester — Berlin.
Ha llegado: se halla en venta—CUYO 645

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y a PRECIO FIJO lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

LUNES 1º de Febrero y días siguientes, principiará la venta de los artículos de CARNAVAL

CARNAVAL

Avisamos a nuestras favorecedoras que nuestros surtidos de Artículos de Baile y Fantasía para Carnaval son los más completos que se pueden desear.—Trajes de Disfraz para Niñas, Niños, Señoritas y Señoras.—Dominós de seda, de lana, de algodón lisos y de fantasía, todos colores.—Géneros de alta fantasía para Trajes de Carnaval.—Flores y Adornos de todas clases y una infinidad de Artículos de metal y vidrio para Carnaval.

OCASIONES

Vestidos para niñas desde	0.75	100.000 metros Cambray de hilo pintado con filetes, colores firmes	0.18	Rayé Madga, el metro	2.50	15.000 sombreros de paja de arroz á	1.25
Vestidos de Zephir y Batista bordados á máquina desde	2.90	Cretone ancho 0'80 cent. el metro	0.38	Pointillé pequiné, el metro	3.25	Matinés percal francés, colores firmes, hechura muy elegante á	1.90
Trajes para varones, desde	2.90	Crepelline floreado, doble ancho	0.85	Piqueté glacé, el metro	3.75	Camisas algodón clase superior con tiras bordadas	1.60
Batones para señoras, desde	1.90	Foulard tout soie, el metro	0.75	Taffetas Pompadour, el metro	4.50	Blusas zefiro y batista, lisos y de fantasía, desde	1.75
20.000 cortes vestidos percal, dibujos nuevos, colores firmes, el corte	1.95	Sergé de Lyon, el metro	0.85	250.000 sombreros Tokio para hombres y niños	0.35	Calzones madapolám francés festoneados á mano	1.90
200.000 metros Cambray de hilo pintado, colores firmes	0.24	Pongée du Japon, el metro	1.25	20.000 sombreros pa' Matelot á	0.95		
		Fileté Satin, el metro	1.60	60.000 sombrillas y quitasoles, desde	1.60		
		Moscovite Pompadour, el metro	1.85	1.30 y			

REAL HOLLANDS

LA REINA de las GINEBRAS

Introducida en Buenos Aires desde 1856
Garantida siempre de calidad superiorEs la más antigua y la más acreditada
en este mercadoUNICOS INTRODUCTORES - **Wm PAATS & Cía.**
BUENOS AIRES**JABON DE REUTER**
PARA EL CUTIS**DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME**son las cualidades más características del **Jabón de Reuter**,
que en este particular deja á gran distancia á todos los otros
jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

Ferro-Carril Nacional Central NorteHORARIO DE TRENES QUE REGIRÁ DESDE EL 1° DE MAYO DE 1896. HASTA NUEVO AVISO
LÍNEA DE TUCUMÁN A SALTA Y JUJUY

SALIDAS	Pasajeros	Mixtos	Locales	REGRESOS	Pasajeros	Mixtos	Locales
Tucumán..... sale	A. M. 7 00	A. M. 7 30	P. M. 4 50	Salta sale	A. M. 7 30	A. M. 8 00	P. M. 1 30
Tafi Viejo.....	7 40	8 10	5 30	Mojotoro.....	8 04	8 34	2 00
Tapia.....	8 16	8 46		Kilómetro 76.....	8 39	9 09	2 34
Vipos.....	8 48	9 18		Campo Santo.....	9 10	9 40	3 04
Choromoro.....	9 10	9 40		General Güemes.....	9 40	10 10	3 34
Alurralde.....	9 44	10 14		Cabeza de Buey.....	10 10	10 40	4 04
Trancas.....	10 03	10 33		Palomitas.....	10 40	11 10	4 34
Kilómetro 86.....	10 55	11 25		Chilcas.....	11 00	11 30	5 04
Tala.....	11 30	12 00		Río de las Piedras.....	12 10	12 40	5 34
Arenal.....	12 00	12 30		Metán.....	1 02	1 32	6 04
Rosario de la Frontera.....	12 30	1 00		Yatasto.....	1 21	1 51	6 23
Yatasto.....	12 42	1 12		Rosario de la Fr.....	2 05	2 35	6 57
Metán.....	1 07	1 37		Arenal.....	2 46	3 16	7 38
Río de las Piedras.....	1 49	2 19		Tala.....	3 28	3 58	8 20
Chilcas.....	2 29	2 59		Kilómetro 86.....	4 16	4 46	8 58
Palomitas.....	3 29	3 59		Trancas.....	4 50	5 20	9 32
Cabeza de Buey.....	4 05	4 35		Alurralde.....	5 16	5 46	10 00
General Güemes.....	4 52	5 22		Choromoro.....	5 45	6 15	10 29
Campo Santo.....	5 27	5 57		Vipos.....	6 20	6 50	10 58
Kilómetro 75.....	6 00	6 30		Tapia.....	6 50	7 20	11 28
Mojotoro.....	6 50	7 20		Tafi Viejo.....	7 20	7 50	11 58
Salta..... llega	7 30	8 00		Tucumán..... llega	8 00	8 30	12 28
Gral. Güemes..... sale	P. M. 4 30	P. M. 5 00	A. M. 9 30	Jujuy..... sale	A. M. 6 50	A. M. 7 20	P. M. 1 30
Pampa Blanca.....	5 07	5 37	10 30	Río Blanco.....	7 12	7 42	2 00
Perico.....	5 45	6 15	11 20	Palpalá.....	7 45	8 15	2 34
Palpalá.....	6 26	6 56	12 00	Pampa Blanca.....	8 18	8 48	3 08
Río Blanco.....	7 00	7 30	12 30	G. Güemes..... llega	8 50	9 20	3 40
Jujuy..... llega	7 30	8 00	1 30				

NOTA—V indica que los trenes pararán solamente cuando haya pasajeros.

LUIS RAPELLI, Administrador General.

Tienda San MIGUEL
Fundada en 1857
ELIAS ROMERO y Cía

EXPOSICION PERMANENTE DE ALFOMBRAS

**TE AGUILA****Schelp & Schelp**

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES

**AU MERINOS**

CASA FUNDADA EN 1864

BONETERIA

Y ROPA BLANCA

698, RIVADAVIA esq. Chacabuco
BUENOS AIRES**LA POSITIVA**Compañía Nacional de Seguros sobre la vida,
autorizada por el Superior Gobierno de la Nación
en 15 de Abril de 1896

Capital: \$ 1 000,000 m/n

DIRECTORIO:

Presidente:

D. PEDRO JAUREGUI,
(P. y V. Jauregui.)

Tesorero:

D. ENRIQUE MUNTEIS,
(Enrique Munteis y Cía.)

Vocales:

D. TOMÁS LASARTE — D. JUAN P. ECHEVARRÍA, (Juan P. Echevarría y Hno.)
— D. PEDRO LLONCH, (Llonch y Cía.) — D. ANTONIO MULET, (Mulet, Ruiz y Cía.)
— D. MANUEL CADRET — D. MARTÍN LEGUINECHE, (Villanueva, Leguineche y Cía.)

Suplentes:

D. FRANCISCO CONSTENLA — D. JUAN A. MARÍN, (Marín, Aranda, Lopez y Cía.)
— D. AVELINO ARÓZTEGUI, (Liendo, Aróztegui y Cía.)

Sindico:

DR. D. ANTONIO DE P. ALEU

Suplente:

D. LUCIANO LANDERA
(Luciano Landera y Cía.)

DIRECTOR MÉDICO: DR. D. ELISEO CANTON

Banquero: BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

Director General

LEOPOLDO REY

Agente General

MIGUEL FERRAN

Oficina Central: FLORIDA, 183—BUENOS AIRES

